

77
87

Reflexiones Militares

DE

DON RAMIRO

SOBRE LA

90

Guerra de Cuba

—

CÁDIZ

—
TIPOGRAFÍA GADITANA

1896

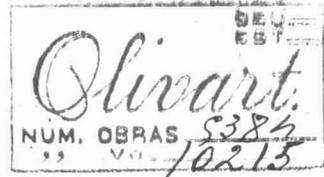
x **Reflexiones Militares** co

DE

DON RAMIRO

SOBRE LA

Guerra de Cuba



CÁDIZ

—
TIPOGRAFÍA GADITANA

1896

PRÓLOGO

UNQUE pueda parecer extraño poner prólogo á una obra que por sus dimensiones es ya de por sí un prólogo, tengo que hacerlo para justificar algunas singularidades de ella, que quizás llamen la atención del lector.

Confieso que no fué mi ánimo al escribirla tocar otro asunto que el de la guerra de Cuba; pero llevado de mi propio carácter, que se aviene muy mal con el orden y la disciplina, he divagado de lo lindo tocando puntos militares, civiles y hasta eclesiásticos, cuyo desarrollo ocuparía volúmenes.

No hecho á escribir sino para la prensa periódica y mal educado, por lo tanto, para hacer libros ó siquiera folletos, cuyas diversas partes han de estar en perfecta relación unas con otras formando un todo armónico, me sentí descorazonado al contemplar el pisto manchego que me había salido de este mi primer ensayo de libro ó cosa que lo parezca.

Pero después de darle al asunto no pocas vueltas en el caletre, me decidí en poner pecho al agua y en dar el folleto á la prensa, tal y como estaba.

No faltarán lectores que me tilden de presuntuoso por las muchas citas históricas que en él hago, mal relacionadas con su asunto principal, y hasta traídas de los cabellos, que parecerán algunas.

Juro á Dios que no ha sido el deseo de mostrarme erudito lo que me ha movido á hacer esas citas; aunque de ello deben de estar bien persuadidos los lectores de la Habana que conocen ya mi afición á citar textos viejos á cada

paso en abono de mis afirmaciones; por aquellos lectores de Ultramar á quien cojan de nuevas mi persona y mis escritos lo digo; porque en Ultramar y no aquí ha de ver la luz este folleto.

Pero en este caso particular no está de más que haya demostrado no serme ajenos los asuntos militares; porque habiendo escrito poquísimo sobre ellos, necesito autorizar mis palabras ante aquellas muchísimas personas que no dán valor á las razones por la fuerza de lógica que tengan, sino por quien las diga.

Para esas tales se escriben, sin duda esos partes telegráficos en que se nos comunican opiniones de altos personajes sobre los sucesos y problemas del día, que manifestadas por cualquiera otra persona no serían sino vaciedades, y que realmente no son otra cosa.

El escribir los nombres extranjeros como aproximadamente suenan y no como ellos los escriben, es manía vieja en mí. Y la fundo en la mayor importancia que creo tienen los sonidos de las palabras, que su escritura.

Encuentro que la verdadera palabra es la que suena, no la que se escribe; y si bien en la lengua propia soy enemigo del fonetismo, para escribir nombres extranjeros que no tengan en aquella forma conocida de decirse, soy de él partidario acérrimo, ateniéndome á la costumbre de nuestros antiguos autores que escribían tales nombres como les sonaban.

No ignoro que muy otro es el parecer de la Academia; pues que dispone que pronunciemos los nombres extranjeros como están escritos. Aquellos de los lectores que no conozcan la falta que cometo al proceder de otra manera, quizás me agradezcan el que les enseñe la pronunciación aproximada de esos nombres; los que la adviertan tómense la molestia de enmendarla y pronunciarla, si se atreven, como la Academia dispone.

Y les prometo no reirme, si los oigo, de su modo de pronunciarlos, con tal de que no se rían ellos de mi modo de escribirlos.

Habana 10 de Mayo de 1896.

DON RAMIRO.

Los motivos de que no correspondan los resultados obtenidos hasta ahora en la guerra de Cuba á los esfuerzos hechos para acabarla no son los que comunmente se supone.



A invasión de la provincia de Matanzas por Máximo Gómez y Antonio Maceo en los últimos días de Diciembre, seguida á muy poco de la de los mismos caudillos insurrectos en las de Habana y Pinar del Río hasta llegar á los extremos occidentales de la isla de Cuba, ha puesto en evidencia un hecho, no bien advertido antes de esos sucesos y de que no parecen todavía darse cabal cuenta el público, la prensa y los altos poderes del Estado, en cuyas manos está la dirección de las operaciones militares; hecho que arroja gran luz sobre el verdadero carácter de la guerra y sobre los motivos de que hayan sido hasta ahora estériles—por no decir contraproducentes—los esfuerzos de la nación y los planes de los jefes de nuestro ejército para terminarla.

Habiase atribuido antes de ese avance de los rebeldes la escasez de encuentros entre ellos y las tropas, lo insignificante y poco mortífero de tales lances, la desesperante prolongación de la campaña y lo cansado y monótono de las operaciones militares, á lo despoblado, fragoso y selvático del territorio, al apoyo que recibían los insurrectos de la gente del

campo, á lo difícil para nuestras columnas de racionarse y á lo aún más de dar con el enemigo por falta de noticias y de quien las proporcionara sobre su paradero, al gran conocimiento que tenían los rebeldes del teatro de sus correrías, á todas aquellas circunstancias, para decirlo de una vez, que tiene en su contra quien se proponga dominar tierra extraña, de poca población y donde sea ésta montaraz é indómita. Había y aún hay, para los que miran superficialmente las cosas, grande analogía entre esta guerra de Cuba y la que se hizo en España á los franceses por las guerrillas irregulares á principios del siglo, ó á la, de muy semejantes procedimientos, que permitió á los carlistas en nuestras dos guerras civiles mantener años y más años enhiesta su bandera en los escabrosos territorios de Cataluña y el Maestrazgo.

Pero fuerza es reconocer, después de la entrada de las partidas insurrectas en el departamento occidental, que si algunas de las antedichas circunstancias pudieron ser parte en dar á la guerra de Cuba los especiales caracteres que tuvo tanto en la primera campaña de los diez años como en los comienzos de la presente, cuando se hallaba limitada la insurrección á la provincia más oriental de la Isla ó á la, aunque llana, selvática y despoblada del Camagüey, no es ya aplicable casi ninguna de ellas al caso que se tiene ante los ojos: á la guerra de Cuba tal como se halla hace meses planteada.

Son, en efecto, las comarcas que más hormiguean hoy en insurrectos y donde mayor interés ha adquirido la contienda, tan llanas en su mayor parte como las de Castilla ó la Mancha; no pueden ser ni son mejor conocidas de los insurrectos invasores, procedentes todos ellos de las regiones oriental y central de la Isla, que de nuestras mismas tropas abundan en ciudades, villas, aldeas, ingenios, caseríos y toda suerte de habitaciones; hállanse cruzadas por doquiera de vías férreas y de caminos, rústicos ó mal entretenidos cierto es, pero caminos al fin, que si en tiempo de grandes lluvias se tornan en lodazales no ofrecen en el seco en que estamos, dificultades al tránsito, y no están más cubiertas de bosques y espe-

suras que cualesquiera otras del centro ó mediodía de Europa que tan frecuentemente fueron teatro de guerras, así en nuestros tiempos como en los pasados. No hay ya, pues, razón en achacar á lo fragoso de la tierra, ni al conocimiento que de ella tenga el enemigo, ni á la dificultad para nuestras tropas de racionarse, el escaso fruto de las operaciones de la campaña. Ni aún en medios de información debe de aventajarnos el insurrecto en unas provincias, como las occidentales de la Isla, donde por lo numerosos que son los españoles é isleños de Canarias—que forman casi la totalidad de la clase jornalera y tienen acaparado el comercio y en no poca parte la menuda agricultura—tantos han de ser los adictos á nuestra causa.

El público, no solo de España sino de la misma isla de Cuba, hecho á no ver en la insurrección sino una guerra de sorpresas y asechanzas, una oscura lucha sostenida contra malhechores enriscados en empinados vericuetos ú ocultos en inextricables malezas y espesuras, una verdadera cacería, hubo de sorprenderse ante el espectáculo de los rebeldes que se entraban, desafiando el peligro que todos veían inminentísimo, de ser envueltos y exterminados, por las tierras más llanas, ricas y pobladas de la Isla; y no en pequeños grupos que donde quieran hallan albergue y que pueden fáciles burlar la persecución, ahora dispersándose, ahora huyendo, tan prestos á diseminarse como á reunirse, sino en gruesas bandas de miles de hombres que avanzaban con inexplicable desembarazo por terrenos de todos conocidos, y que acampaban en parajes que iban señalando con minuciosa precisión los papeles públicos.

Tan extraordinaria pareció esa marcha de los insurrectos, tan pugnaba con la idea que se tenía de esta guerra, que se formaba para explicarla todo linaje de conjeturas á cual más descabelladas. Quien suponía tenebrosas connivencias entre los invasores y sus partidarios de la capital que habrían de traducirse cuando llegaran aquellos á sus inmediaciones en formidables incendios y voladuras, preludio de unas segundas

vísperas sicilianas; quién, sin llegar á tales extremos, se temía una sorpresa que pusiera la ciudad en manos de los enemigos; quién, por último, imaginaba posible hasta que llegaran los insurrectos á poner sitio en toda regla á la capital de la Isla. Otros, menos tímidos y más al tanto de la verdadera fuerza de las partidas invasoras, veían solo en su avance por la parte más angosta y poblada, al par que mejor defendida, del territorio, un acto de temeridad y hasta de locura, y se lisonjaban con la esperanza de verlas total y definitivamente destruidas en muy breve plazo.

Tan vanos resultaron aquellos temores como estas esperanzas. Ni existían las horripilantes maquinaciones que se temían los pusilánimes, ni contaban los insurrectos, ni soñadamente, con medios para hacerse dueños de lugar alguno donde hubiera ánimo para resistírseles, cuanto más de villas y ciudades de alguna fortaleza, ni tampoco—y esto es lo más triste y desconsolador—hicieron las columnas del ejército más de lo que hasta allí habían venido haciendo; perseguir y buscar en balde á las partidas, ó sostener cuando más con sus vanguardias, retaguardias ó descubiertas esos estériles é inofensivos tiroteos á que se dá aquí nombre de combates, sin duda por darles alguno. No había allí sino lo que estaba á la vista de todos: unas cuantas bandas que con increíble osadía y aún mas inexplicable impunidad venían corriendo la Isla á lo largo, dándoseles un ardite—ó tal parecía á lo menos—de las numerosas columnas que las acosaban ó que intentaban cerrarles el paso: éstas siguiéndoles la pista, estotras saliéndoles al encuentro, aquellas buscándolas por los costados.

De que arte se valían esas partidas para moverse tan libre é impunemente entre tal multitud de columnas tan ansiosas de dar con ellas, tan decididas á exterminarlas, es pregunta que estaba en el pensamiento y en los labios de todos —y que aún sigue estándolo, pues las cosas de la guerra poco han variado en ese particular desde entonces—sin que se acertase á darle una respuesta en que no fuera envuelto más ó menos embozadamente un cargo contra nuestro ejército y

los jefes que lo acaudillan. Pues que—se decía, ó se dice pues repito que el problema sigue en pie—si todo un ejército de ciento cincuenta mil hombres ó pocos menos, dotado de cuantos requisitos son necesarios para hacer la guerra, dirigidos por jefes que han hecho estudio y profesión de las armas, con una nación á las espaldas que nada le escatima, es impotente para domeñar una rebelión de algunos miles de bandidos mal armados, sin sombra de disciplina (que es lo que más distingue á esas mal instruidas muchedumbres que constituyen los ejércitos del día de cualesquiera otras turbas formadas al azar), sin municiones de guerra ó escasisimos de ellas, atenedos á sostenerse del robo y á vivir en continuo sobresalto; si un tal ejército no puede sujetar una tal rebelión ¿para qué sirven los ejércitos á la moderna? ¿No fuera bueno suprimirlos en tiempo de paz, ahorrándose así los pueblos el enorme gasto y demás inconvenientes que su sostenimiento ocasiona, ó ya que no se adoptase tan radical medida, reorganizarlos sobre bases completamente distintas de las que al presente tienen? Otros, todavía más osados en sus censuras, no han titubeado en arrojar la nota de ineptitud sobre los generales y jefes que así se dejan burlar por los caudillos rebeldes; ni ha faltado quien atribuya á estos últimos sobresalientes aptitudes que contrastan con la impericia que se supone en aquellos primeros.

Sin que yo niegue en lo absoluto que pueda haber algún fundamento en tales censuras, ú otras aún más severas, respecto de tal ó cual general ó jefe de nuestro ejército; sin que niegue tampoco que puedan ser hasta cierto punto justificadas las alabanzas que del mérito de algún que otro caudillo rebelde están en boca hasta de personas de indudable lealtad y afecto á nuestra causa; sin oponerme á nada de eso, he de decir sin temor de equivocarme, antes bien en la seguridad de estar en lo cierto, que no en tales motivos sino en muy otros consiste la impunidad con que recorren los campos de Cuba las partidas rebeldes y el ningún fruto que se obtiene de nuestros planes militares.

Porque si cabe admitir que las excepcionales condiciones de Máximo Gómez ó de algún que otro jefe insurrecto pesen lo bastante en la balanza de los sucesos, para sacarlo adelante en su propósito de rehuir combates, pasear la tierra en todas direcciones y prolongar así indefinidamente la guerra; si puede asimismo atribuirse á la torpeza de algún jefe de columna el mal éxito de su gestión militar, no hay modo de que se acepte igual mérito que en el llamado *generalísimo* en todos los cabecillas de la rebelión, como habria que hacerlo, en vista de seguir todos por cuenta propia y con igual fortuna sus mismos procedimientos, é idéntica incapacidad en todos los jefes leales, dado que las acciones de guerra que todos ellos dirigen con sus famosos muertos *vistos*, sus reconocimientos del campo enemigo, su desalojar y dispersar á los rebeldes, parecen cortadas todas por el mismo patrón.

No, de ninguna manera; no puede admitirse sin agravio del buen sentido, que esa vil chusma de negros estúpidos, zafios labriegos, estudiantes extraviados y aventureros cosmopolitas hez de la población de la Isla y de las repúblicas del Continente, que compone las partidas insurrectas, conducida por jefes ignorantes su mayor parte en cosas de guerra, armada de malas escopetas y fusiles de deshecho, pueda tener en jaque y burlar á ningún ejército por malo que sea, sin que medien causas poderosas que desequilibren las respectivas fuerzas de los contendientes y tuerzan el natural curso de los sucesos. Y si así no fuera ¡desgraciadas de las sociedades y de las naciones! Porque ¿cómo podría evitarse que el ejemplo de Cuba no se repitiera mañana en la misma metrópoli ó en cualquiera otra de las naciones del mundo, aún las más cultas y florecientes? ¡Descubrimiento precioso, mucho más eficaz que la dinamita, sería para los anarquistas el de que con alzarse en partidas y con *no aceptar combates* con la fuerza pública, tenían lo bastante para poder destruir á mansalva hasta los fundamentos de las instituciones sociales por medio de una guerra de asolación y de exterminio!

A causas más hondas, más sustanciales, más orgánicas que

las condiciones personales buenas ó malas de este ó el otro caudillo; á más poderosos motivos que hechos particulares ó fortuitos sucedidos en tal ó cual función de guerra, hechos á que suelen atribuir sus testigos grandísima importancia, pretendiendo sacar de ellos consecuencias generales, obedece el poco halagüeño resultado de los esfuerzos hechos por la nación y de los planes de nuestros jefes militares para sofocar la guerra de Cuba.

Esas causas son varias, pero pueden ser resumidas en una sola, pues que de ella dependen y se derivan todas las demás; causa que está á la vista y al alcance de quien quiera que aplique al examen y estudio de la campaña contra los separatistas cubanos, un juicio desapasionado y un criterio imparcial y sereno, pues como todo lo grande y verdadero, se distingue por su sencillez.

El conocimiento de esa causa está dentro de la esfera del sentido común; semejante en ello á aquel célebre arbitrio de que se valió Cristóbal Colón para hacer que se mantuviera hito sobre la mesa el huevo del cuento. Su enunciado bien merece servir de título y de introducción al siguiente capítulo.

Los insurrectos, que tienen la fuga por sistema de guerra, van á caballo mientras que nuestros soldados, que tienen por pié forzado el perseguirlos y obligarlos á combatir, van á pié.



lo que es lo mismo: las partidas insurrectas pueden moverse cinco veces más rápidamente que nuestras columnas y andar jornadas cinco veces mayores que ellas. Ese solo hecho dá la clave de todo el misterio de la guerra de Cuba. Y no hacen falta *maniguas*, ni espionaje que expliquen porqué en un territorio como el de la isla de Cuba, que allá se irá en extensión con el de Andalucía, y donde ciento cincuenta mil hombres andan de continuo tras del enemigo, no se ha reñido todavía un solo combate digno de tal nombre; porque con aquel hecho queda de sobra explicado.

El espíritu público, cansado ya de esperar vanamente batallas decisivas que respondieran á su impaciencia y á la magnitud de los medios puestos en juego para destruir á los rebeldes, inclinase ya á aceptar como buena y razonable la extraordinaria opinión de no haber forma de reducir por las armas á rebeldes armados y de ser indispensables para ello medidas políticas. Con gran satisfacción de los llamados hombres políticos, que aún á costa de la honra de la nación, quisieran ver acreditada la virtud de su mentida ciencia,

envuelta toda ella en huera palabrería; ciencia cuya aplicación ha traído á nuestra patria el desastroso estado en que se encuentra y ha sido causa también de la insurrección que en Cuba se combate.

Y aquí se me ocurre un cuento algo sucio, pero que viene al caso como de molde.

Departían amigablemente en un coche de ferrocarril, donde viajaban juntos, dos sujetos que acababan de trabar conocimiento pocos momentos antes. Franqueóse, al fin, uno de ellos á su interlocutor y le manifestó que el objeto de su viaje no era otro que consultarse con cierto famoso doctor sobre una repugnante enfermedad que padecía y que, sin ser peligrosa, le hacía la vida insoportable.

He apelado—le dijo—á toda clase de remedios y todos han sido ineficaces hasta ahora. En pomadas, en píldoras y en jarabes me tengo ya gastado un dineral.

¿Y ha ensayado Vd. lavarse los piés con agua y jabón?—le preguntó el otro, advertido por lo que anteriormente habían hablado, de consistir la enfermedad de su nuevo amigo en cierto desagradable tufillo que exhalaba de los piés.—

¿Se ha probado—pregunto yo á mi vez—sujetar la rebelión de Cuba peleando con los rebeldes? Y aunque la pregunta parezca estrambótica, después de un año de hallarnos empeñados en guerra con ellos, ha de verse que es muy oportuna y bien traída, si se reflexiona en que no ha habido hasta el momento presente una sola acción de guerra por cuyos resultados y consecuencias hayan podido conocer los insurrectos que el alzarse en armas contra un gobierno establecido y que dispone de poderosos medios de represión, tiene algunas mayores quebras que comer sobre la yerba y dormir al raso. Y no ha sido porque falte deseo de pelear á nuestra gente, sino porque les faltan medios para hacer efectivo ese deseo.

No bastan los esfuerzos, por poderosos que sean, si no son bien dirigidos. Y que no lo han sido los muy grandes hechos hasta aquí por la nación para sujetar á los rebeldes, está patente á la vista del menos avisado.

Si en vez de los ciento veinte mil hombres de refuerzo enviados sucesivamente á Cuba durante el curso del año último y lo que vá andado de este, se hubiera cruzado de brazos nuestro gobierno y no hubiera enviado ni un solo hombre, no habrían podido hacer más los insurrectos su voluntad de lo que hasta ahora la han venido haciendo. Porque, fuera de apoderarse de grandes centros de población, no cabe hacer más que pasearse de cabo á rabo por toda la Isla, quemándolo y arrasándolo todo. Y en lo de hacerse dueños de ciudades y villas de importancia, en la conciencia de todos está—y en la de los insurrectos aún más que en la nuestra—que les hubiera sido en todo caso imposible lograrlo, tanto por falta de elementos como de ánimo para tales empresas.

Inútiles han sido, pues, los sacrificios de la nación para dominar la insurrección de Cuba; no porque los elementos de guerra en que se han traducido esos sacrificios dejen de ser valiosísimos, sino porque no son aplicables al caso.

Más que en pró de nuestra causa, hemos trabajado en favor de la de nuestros enemigos; les hemos hecho el juego, como se dice, poniéndonos sin necesidad sobre un pié de gastos insostenible y atribuyendo á la insurrección, al enviar para sofocarla tan copioso ejército y tal multitud de generales—y haciendo que le atribuyan los extraños, que solo pueden juzgar de ella por apariencias externas muy de bulto—una importancia militar que nunca soñó en tener.

Hemos vendido así muy barato á los insurrectos el derecho de jactarse de hacer frente á todo el poder de España; hemos quitado por adelantado todo mérito á nuestro triunfo—dado que á pesar de tantos desaciertos lo obtengamos—y hemos depositado en la tierra de Cuba el gérmen de futuras insurrecciones al realzar la presente y labrarle una gloriosa aureola con nuestros desatinados procedimientos para reprimirla.

El que los sucesivos refuerzos de batallones que iban entrando en campaña no modificasen en un ápice el curso de los sucesos de la guerra ¿no decía bien claramente á nuestro

Gobierno que otra cosa que nó hombres y fusiles era lo que hacía falta?; ¿ó será acaso que las teorías que fian al número el gobierno y administración de los pueblos, hayan torcido los juicios al extremo de que se crea que los sucesos de la guerra, dependientes como son de leyes naturales, han de hacerse cómplices de los mismos engaños y ficciones que la política? Pero vayamos al grano.

Podrá discutirse si como arma de combate supera la infantería á la caballería ó ésta á aquella; pero lo que es que como instrumento de persecución y de fuga es inmensa la ventaja que la caballería lleva á la infantería, eso está fuera de toda discusión. Ahora bien; siendo la guerra de Cuba de persecución por nuestra parte y de fuga por la de los insurrectos, demás está decir que debe hacerse á caballo.

A así la hacen los insurrectos, no habiendo uno solo de ellos que vaya á pié. Nuestros soldados en cambio, que debieran andar si hubiera modo, aún más veloces que sus contrarios, y ya que eso no sea posible, tan veloces como ellos para perseguirlos con alguna probabilidad de alcanzarlos, ván á pié, proponiéndose así la resolución de un problema poco menos quimérico que el famoso del movimiento continuo. Y no hay que soñar siquiera en que puedan nuestras columnas anular esa ventaja que sobre ellas tienen las partidas rebeldes con multiplicarse y combinar sus movimientos, porque obligando el alcance, tan largo hoy, de las armas de fuego á iniciar los combates á muy grandes distancias, queda siempre aún en el caso—harto improbable—de una simultánea concurrencia de diversas columnas sobre el lugar ocupado por una partida enemiga, inmenso campo á esta y tiempo más que sobrado para salirse del círculo en que se pretenda encerrarla. Y si aún se tiene en cuenta que nunca ha de ser la misma partida, sino sus avanzadas y descubiertas, bastante alejadas del núcleo de ellas, las que adviertan la aproximación de nuestras tropas por cualquiera rumbo que éstas vengan, y las que comienzan á hostilizarlas con sus tiros, se comprenderá cuán extenso es el terreno de que aquélla dispone para tomar

la dirección que mejor le cuadre y para ponerse, ayudada de la velocidad de sus caballos, á gran trecho de sus perseguidores. Estos, enfrascados en combate con la avanzada, que no pocas veces tomarán por grueso de la banda enemiga, invierten en despliegue, tiroteó y avance sobre la posición que ella ocupa, el tiempo que la partida aprovecha en retirarse. Acaba el lance las más veces—y pudiera decir todas—por la precipitada fuga de la avanzada rebelde, (que con los refuerzos que desde un principio recibiera, podrá llegar en ocasiones á unos cuantos cientos de hombres), dando con ello pretexto á uno de tantos partes—tan injustamente censurados—en que se dice, y no se miente, que se desalojó al enemigo de sus posiciones y se le dispersó. ¿Y qué más que eso cabe que se haga con gente de á pié, aunque fuera también de á pié la contraria, cuando más siendo de á caballo? ¿Ha de obligarse á soldados cargados como acémilas y que han necesitado no pocas veces andar cinco, seis ó más leguas para realizar una operación como la descrita, á que echen inútilmente los bofes corriendo á la ventura, ó detrás de una partida que en el momento de acabarse la faena se encuentra ya á muchísima distancia del paraje en que se inició? ¿Ha de lanzarse la caballería de la columna, compuesta cuando más de ciento ó ciento cincuenta guerrilleros, y las más veces de menor número, en persecución de enemigos intactos, pues que ni siquiera llegaron á combatir y que se cuentan por miles?

Aunque no pasaran siempre las cosas, como acabo hipotéticamente de suponer y pudieran una ó varias columnas de infantería acercarse sin ser advertidas al lugar ocupado por una banda insurrecta, lo bastante descuidada en la guarda de su campo y en la vigilancia de sus contornos para dejarse así sorprender, no vaya á creerse por eso que fuera para ella desastroso é irreparable el caso, siempre que tuviera su gente tiempo, aunque fuera solo el indispensable, para montar á caballo y emprender la fuga á toda carrera por entre unas y otras columnas. Claros de algunos centenares de pasos entre ellas, bastarían en rigor á los fugitivos para apelar con fruto

á tal arbitrio, de seguro éxito en tierra llana, no digo que sin pérdidas, pero sí que con muchas menos de las que se supone, por la brevedad del peligro. Y paso por alto el muy grande á que se expondrían en tales circunstancias nuestras columnas, de herirse unas á otras con sus propios tiros por el considerable alcance de las armas de hoy.

Pero si semejantes sorpresas, con dar tan escasos resultados, todavía son poco menos que imposibles de llevar á la práctica no solo por la rigurosísima precisión que exigen en el cálculo del tiempo, así del invertido en la transmisión de las órdenes como en el que empleen en verificar la marcha, columnas que han de partir de puntos entre sí lejanos, sino por haber de basarse ese cálculo en el supuesto, las más veces erróneo, de que se encuentre la partida objeto de la empresa en el mismo lugar al tiempo de llevar esta á cabo que al iniciarla, valdrá más renunciar del todo á ellas.

Ni puede aceptarse como sistema de guerra el que se funde en la realización de planes que tras de exigir una concurrencia poco menos que milagrosa de circunstancias, ha de hacer infructuosos la vigilancia del enemigo y cuando no ella, su lijereza.

Y aquí encuentro lugar para las siguientes observaciones, que seguramente no seré yo el único que haya hecho.

No obstante ser en esta guerra de Cuba nosotros los fuertes y los insurrectos los débiles, ocurre en todos los encuentros entre ellos y nuestras tropas:

Primero. Que son ellos superiores en número á nosotros debiendo suceder lo contrario.

Segundo. Que son ellos los que nos envuelven á nosotros debiendo ser nosotros los que los envuviéramos á ellos.

Tercero. Que son ellos los que toman la ofensiva debiendo ser nosotros los que la tomáramos.

¿De qué depende que anden los hechos de esta guerra tan á la greña con la lógica?

Pues de una sola cosa: de que los insurrectos pelean cuando quieren mientras que nosotros solo podemos pelear cuan-

do quieren ellos. Lo que á su vez es precisa consecuencia del repetido hecho de ir ellos á caballo y á pie nosotros.

Entre el hombre á caballo y el de á pie no hay lucha posible si el primero se propone no reñir. Al de á pié, por el contrario, no le queda otro remedio que pelear si el de á caballo se empeña. También tiene el recurso de huir; pero en la seguridad de ser acuchillado y atropellado por su adversario.

Lò que es cierto para dos lo es igualmente para muchos. Entre un grupo de peones y otro de ginetes habrá, pues, combate cuando quieran éstos; cuando no, no. Y de aquí que solo se pelee en la guerra de Cuba cuando conviene á los insurrectos ó cuando piensan ellos que les conviene: esto es, cuando están con nuestros soldados en la proporción de tres á uno y los tienen por añadidura envueltos. Bien que esto de envolver yendo los insurrectos á caballo y á pié las tropas, lo tienen siempre en su mano los primeros como diré muy luego.

Reconózcase, pues, que mientras se siga en lo de ir nuestros soldados á pié y á caballo los insurrectos; mientras que no se igualen las respectivas velocidades de ambos contendientes, séase porque se apeen los últimos, séase porque se monten aquellos primeros, no podrá salirse en las operaciones de esta guerra del estrecho molde en que hasta ahora han estado encerradas.

Con tomar al contrario posiciones en que nada le importa mantenerse, nada se hace; desalojarlo de ellas, ponerlo en fuga y dispersarlo, no solamente debiera evitarse, sino á toda costa impedirsele que hiciera, pues en abandonar el lugar que ocupa, en huir y en dispersarse están su método de guerra y su mejor defensa.

Pero ¿de qué manera ha de componérselas gente de á pié para impedir que levante el campo, huya y se derrame á todos vientos gente á caballo? Solo un medio habría si cupiera ponerlo en práctica: envolverla y cerrarle, de consiguiente, todos los caminos de retirada. Pero eso ya he de-

mostrado que es imposible; imposible de todo punto mientras los que lo intenten necesiten cinco ó seis veces el tiempo que los otros para andar el mismo espacio.

El envolver y cerrar los caminos de retirada á un adversario que tiene la fuga por sistema, es secillísimo cuando se dispone de mayor velocidad que él; difícil, pero practicable, cuando las velocidades son iguales; imposible cuando es mayor la del adversario. Por eso nos envuelven constantemente los insurrectos y no se dá un solo caso de que los envolvamos á ellos. Sería preciso para que tal cosa sucediera que vinieran antes á tierra las leyes de la mecánica.

Que ha de ser ilusorio todo proyecto de envolver á gente á caballo y forzarla al combate mientras no se disponga para realizarlo sino de peones, no soy yo quien lo digo: dicenlo á una todos los tratados de arte militar; siendo regla y principio consignado en todos ellos á modo de axioma y consagrado por la experiencia, que *caballería no puede ser envuelta por infantería*; porque la prontitud con que la primera puede moverse le deja espacio y tiempo bastantes para salirse del círculo que la última intente formar en derredor suyo, mucho antes de que llegue ese círculo á cerrarse. Si ese principio es de rigorosa certeza respecto de las evoluciones de las tropas en el campo relativamente estrecho en que se riñe una batalla. ¡Imagínese hasta qué extremo no ha de serlo tratándose de esos otros movimientos, mucho más amplos, que la preceden, y que tienen por teatro vastas regiones!

El movimiento de envolver es, al contrario, tan natural, tan indicado para la caballería, tan propio de ella, en particular cuando pelea contra infantería, y es tal la rapidez con que puede verificarlo cambiando, sobre la marcha misma, la dirección de sus embestidas, que no queda otro recurso á tropas de á pié cuando se ven amenazadas por tropas de á caballo, aunque las tengan todavía lejos, que formarse en círculos ó en cuadros haciendo así cara á todas partes; porque formadas en batalla correrían grandísimo riesgo de recibir por los costados, por la espalda ó por todos lados á una, y sin tiempo de

apercibirse á la defensa, el ataque que hasta el último momento se esperasen por el frente.

Tan grande es para la infantería el peligro de ser envuelta cuando lucha contra caballería como seguridad tiene la caballería de no serlo cuando solo tiene que habérselas con infantería. Así es arriesgadísimo para una tropa á pié todo movimiento en que quede aislada y con los costados indefensos, mientras que grupos así pequeños como grandes de gente á caballo pueden impunemente desprenderse de la hueste, alejarse muchas jornadas de ella entrándose por tierra enemiga y hasta rodear á la hueste contraria ó pasar á través de ella poniéndosele á las espaldas, porque su movilidad y presteza les facilita siempre arbitrios para vivir del merodeo y les franquea caminos seguros de retirada.

Tales excursiones de la caballería son cosa viejísima; pero puestas en boga en la guerra civil americana por varios caudillos, así del ejército confederado como del federal, quienes las verificaron con éxito al frente de muchos miles de caballos—hasta diez y ocho mil á veces—suelen ser presentadas como novedades con el nombre inglés de *raids*, adoptado en los tratados militares (para designarlas. Pero tenemos en nuestra lengua dos vocablos muy antiguos, y muy castizos de consiguiente, *cabalgadas* y *algaras*, aplicables á tales correrías. Al igual que *batalla* tenían dos acepciones, pues lo mismo se aplicaban á las operaciones de guerra de que vengo tratando que á las tropas de cabalgadores que las ponían en ejecución. Algo anticuados ya ambos vocablos, porque se olvidan las palabras cuando caen en desuso los objetos á que se refieren, convendría restablecerlos, particularmente el primero de ellos, tan expresivo y tan apropiado á lo que representa como lo es en su lengua el inglés *raid*, del que puede considerarse traducción exactísima. El segundo—*algarada*—es árabe, adoptado por nuestro idioma como tantos otros de la misma cepa, y le cabe la honra de ser citado como castellano, y definido de paso, por el insigne arzobispo é historiador D. Rodrigo Jiménez en estas palabras: *magnæ*

turbie militum quod nostra lingua dicimus algaras. (*) Y con advertir que la voz latina *miles*, que entre los antiguos romanos valia por combatiente, fuera de á pié ó de á caballo, se aplicaba en la baja latinidad exclusivamente al último—al *caballero*—dicho se está que *algara* y *cabalgada* eran una misma cosa. Acabó, no obstante, por prevalecer la última voz para designar la operación de guerra que me ocupa y se concretó la primera á significar la banda ó tropa que la efectuaba ó ciertos grupos en que solía ésta dividirse. En esta última acepción emplea la palabra *algara* el famoso D. Juan Manuel en el capítulo LXXVIII de su *Libro de los Estados*.

Pero ya que he venido á tratar de cabalgadas, como tenía forzosamente que ser, pues no en otra cosa que en cabalgadas consiste la guerra que nos hacen los insurrectos de Cuba, les dedicaré capítulo aparte que bien lo merecen.

(*) Grandes troyeles de caballeros que decimos *algara* en nuestra lengua.

Una página de historia sobre las cabalgadas, que aunque parezca á primera vista ociosa en este lugar, no solo tiene gran relación en el asunto de que se trata, sino que dará á aquellos de los lectores no familiarizados con la historia, noticia de un sistema de guerra muy antiguo y que alcanzó gran boga entre nosotros.



o son cosa nueva, repito, tales correrías, ni han venido á enseñárnolas los insurrectos de Cuba, pues nuestros antepasados—y los suyos también, y hablo, claro está, de los que no sean negros—fueron maestros en ellas.

No tenia por objeto la cabalgada conquistar tierras ni ciudades ni tampoco dar grandes batallas, sino correr la tierra enemiga talándola y saqueándola; apoderarse, si buenamente se podía, de lugares indefensos ó mal apercebidos, y no tampoco para conservarlos, sino para quemarlos y arrasarlos después de robar cuanto hubiera en ellos, empezando por sus mismos moradores á quienes se reducía á cautiverio. Realizada la operación, regresaban á toda prisa los expedicionarios á la tierra propia ó á la hueste de donde partieran para hacer la correría, repletos de botín, de cautivos y de ganados; todo lo cual, después de sacado el quinto para el rey, se repartían equitativamente entre ellos conforme á fuero.

Toda la guerra de ocho siglos que sostuvieron nuestros antepasados con los moros, hasta recobrar de ellos la tierra de España fué, puede decirse, una guerra de cabalgadas, tanto de

la una parte como de la otra; pues salvo aquellos contados casos en que se convocaba hueste en toda forma para apoderarse de ciudades y territorios y establecerse definitivamente en ellos, ó aquellos otros, también contadísimos, en que se reunía la hueste para resistir grandes irrupciones de enemigos —como en las campañas correspondientes á las batallas de Simancas contra la gran invasión de Abderraman III, de Sacralias y Uclés contra los almoravides, de Alarcos y Ubeda, contra los almohades, y de Tarifa, contra los benimerines—lo demás de aquellas guerras seculares, consistió no más que en cabalgadas.

Cabalgadas fueron, á no dudarlo, aunque la sequedad y concisión de las primitivas crónicas no lo declare, aquellas excursiones de los Alfonsos, Ordoños, Ramiros y Garcías que llevaban á veces esos reyes desde las montañas de Asturias y Galicia hasta las orillas del Tajo y Guadiana, y en que repetidamente allanaron hasta los cimientos todas las ciudades y villas de Portugal y de la provincia que llamamos hoy Castilla la Vieja. En una de esas correrías llegó Ramiro II hasta Toledo, arrasando de paso á Madrid; suceso que dá ocasión á que suene por primera vez el nombre de esa villa en la historia.

Tan desierta é inhabitable debieron de dejar esas incursiones de los cristianos, y las también frecuentes de los moros, la inmensa llanada castellana, durante los cerca de cuatro siglos corridos desde los albores del octavo á las postrimerias del undécimo; que poblar, más que conquistar, fué la tarea que tuvieron sobre sí los reyes y condes leoneses y castellanos de aquel tiempo. Por eso nada dice la historia de cercos ni expugnaciones de Avila, Segovia, Soria, Valladolid, Palencia, Salamanca, Sepúlveda, Tordesillas, Arévalo y demás grandes ciudades y villas de esa región y sí solo de sus repoblaciones; mientras que dedica luengas páginas á relatar las conquistas de Viseo, Coimbra, Toledo y Cuenca, como más adelante á las de Jaén, Córdoba y Sevilla.

De cabalgadas, aunque practicadas en escala muy vasta, hay que calificar también, á lo que parece, las famosas cam-

pañas del moro Almanzor, tan funestas para los cristianos; pues aunque se apoderase de ciudades tan fuertes é importantes como León, Lugo, Astorga, Santiago de Galicia y Barcelona, no fué con ánimo de conservarlas sujetándolas al dominio de los califas, sino para abandonarlas luego de destruidas. Por eso á su muerte ni habían menguado en nada los territorios de los estados cristianos ni había crecido un ápice el del califato.

Fueron cabalgadas asimismo, las correrías de Fernando I por lo que es hoy Castilla la Vieja y era entonces la Nueva ó Extremadura—que ambos nombres se le daban—por el reino de Toledo y por el de Valencia, y las varias en que los dos Alfonsos VI y VII, sus sucesores, estragaron la tierra de Andalucía mucho tiempo antes de que se pensase en su conquista.

Como famosísima, más que por atrevida por las tristes consecuencias que tuvo para los mozárabes granadinos, citaré también la llevada á cabo por Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, en la cual, después de correr toda España de septontrión á mediodía, caminando siempre por tierra enemiga desde Zaragoza á Granada y de amenazar varios días á esta última ciudad, al amparo de cuyos muros se habían refugiado todos los aterrados habitantes de los contornos, fué, antes de regresar á su tierra, á meter su caballo hasta los pechos en el mar en la playa de Algeirias.

Solo he citado hasta aquí algunas de las grandes cabalgadas conducidas por reyes anteriores á San Fernando; no todas ellas, ni tampoco aquellas infinitas otras acaudilladas por señores, condes de las fronteras, ciudades, villas, y otras personas y entidades de menor fuste; porque seria tarea interminable y laboriosísima, á más de enojosa é inoportuna, el mencionar siquiera las de que hacen memoria las historias generales.

Desde San Fernando hasta los Reyes Católicos, se redujo el campo de las cabalgadas para moros y cristianos á los reinos de Murcia, Granada y Andalucía; pero tanto menudearon durante aquellos dos largos siglos, que hervía en ellas toda

la tierra andaluza. Los concejos de las villas y ciudades, los alcaldes de los castillos, los caudillos del obispado de Jaén, los adelantados de la Frontera, los maestros de las órdenes, los ricos-hombres, los infantes y á veces hasta los mismos reyes por nuestra parte, y por la de los moros los alcaldes, gobernadores y arraeces de sus villas, lugares y fortalezas y también en ocasiones, sus reyes, corrían incesantemente la tierra, aún en tiempo de treguas, pues estaba virtualmente admitido que no las quebrantaran tales actos de pillaje.

Una cabalgada de los moros en que se apoderaron de la villa de Zahara, seguida inmediatamente de otra de los cristianos que los hizo dueños de la de Alhama, muy adentro del reino granadino, fué, no obstante, el pretexto para la guerra de diez años que puso término á la dominación musulmana en España.

Queda explicado á grandes rasgos, lo que era una cabalgada. Pormenorizando más, diré que en sus principios, cuando eran largas las distancias que había que recorrer, á que se agregaban razones de otra índole tocantes á la forma en que la sociedad estaba organizada, solo caballeros—hombres de á caballo, que por serlo se llamaron *caballeros*, no siendo otro el origen de la palabra — tomaron parte en ellas. Pero andando el tiempo, cuando por ser más reducida la tierra eran menores las distancias que había que andar para ganar la frontera, solían ir, junto con los cabalgadores, algunos ballesteros de á pié y otros peones, aunque siempre en muy corto número. Y así era natural que sucediese, por haber de ser la rapidez la primera condición de toda cabalgada. «.....*et el nombre de cavalgada pusieron porque han de cavalgar apriesa et non deven llevar en ella cosa que les embarque, pero ir aina (pronto) á facer su fecho,*» se lee en las *Partidas*.

Y tanto se hizo por aliviar de peso á los cabalgadores, pareciendo todavía excesivo el que llevaban sobre sí los hombres de armas desde que en el primer tercio del siglo XIV se introdujeron en Francia, por consecuencia de su guerra con Inglaterra, los arneses ó armaduras dichos *de platas*, y muy

poco después á imitación suya entre nosotros, que tomó grandes vuelos la escuela de la gineta, nacida poco antes, y que en tanta boga estuvo aquel siglo y los dos siguientes.

En cabalgar con los estribos cortos y en albarda de altos arzones, en dispararse á la carrera contra el enemigo, en girar rápidamente á su alrededor para desconcertarlo, en lanzarle el venablo ó la lanza, en cubrirse de sus golpes con la adarga, ó en esquivarlos revolviendo rapidísimamente el caballo sobre las piernas, ayudándose á todo ello con la lijereza de las armas—reducidas las defensivas al yelmo, la dicha adarga y una sencilla cota y las ofensivas á la espada y la lanza, ó la azagaya á estilo africano—se distinguía la escuela de la *gineta*, así llamada por los *caballos ginetes* (*) que exigía, de la escuela de la *brida* que pedía grandes caballos, largos estribos y fuertes y pesadas armas y arreos. La primera de esas maneras de cabalgar prosperó en Andalucía más que en otras regiones castellanas, por la aplicación que tenía á las cabalgadas contra los moros granadinos, en las cuales operaciones de guerra era imprescindible que fueran los agresores tan sueltos y lijeros como los enemigos, so pena de exponerse á lamentables contratiempos.

No solo había cabalgadas como las dichas, que venían á ser operaciones de guerra aisladas, sin conexión con otra alguna, organizadas en las villas y castillos de la frontera, sino que las había también que consistían en gruesas bandas

(*) Dijose *ginete* á la cabalgadura y no al cabalgador. Tiempo adelante se extendió ese nombre al conjunto de ambos aplicando al todo el nombre de la parte como hacemos al decir *vela* por *nave*, *remo* por *remero*, *violín*, *tambor* ó *trompeta* por los que los tocan, también *caballo* por *soldado de á caballo* por oposición á *infante* ó *soldado de á pié*.

De esta última costumbre se derivó por fin la de llamar *ginete* al cabalgador, pasando á él el nombre de la cabalgadura. Tales rarezas son frecuentes en la historia de las palabras. Frosardo en sus *Crónicas*, hablando de los caballos ginetes y de sus cabalgadores, designa á los primeros con el nombre de *genets*—ginetes—y con el de *genetaires* (*gineteros*, como si dijéramos), á los últimos.

de gente á caballo que se salían de la hueste y corrían la tierra enemiga para llevar á cabo empresas secundarias, tales como apoderarse de lugares fortificados, cortar los caminos y las vituallas á los contrarios, talar los campos y cometer toda suerte de daños y degradaciones en provecho propio y perjuicio del enemigo. Tenían las cabalgadas de esa índole gran semejanza con las que pusieron en práctica federales y confederados en la guerra civil de los Estados Unidos, con esas otras llevadas á efecto por el general Gurko en la guerra turco-rusa, ó con las atrevidas exploraciones de los hulanos en la franco-germánica. Que nada hay nuevo bajo el sol y más tiene en materias de guerra que aprender el siglo presente de los pasados, que pudiera él enseñarles.

Ni vaya á creerse que fueran las cabalgadas cosa propia y exclusiva de España; pues en lengua francesa se llamaban *chevanchées*, palabra hermana de la nuestra, por su significado y su etimología.

En las famosas *Crónicas* de Juan Frosardo, abundan los relatos de cabalgadas de toda suerte, al extremo de haber apenas capítulo de ellas en que no suenen las voces *cabalgada* y *cabalgar*, bien que extendidas ó limitadas muy frecuentemente en su primitivo sentido.

Las siguientes palabras del *Capítulo CCLXVIII* de la *Parte I* del *Libro I* de las dichas *Crónicas*, relatando la expedición á Francia del rey Eduardo de Inglaterra, nos muestran una cabalgada salida de la hueste inglesa con objeto de cubrir su flanco derecho.

«.....sabió poco después el rey de Inglaterra de la Hogue de San Vast, donde habia desembarcado, y dió el mando de la hueste á mosen Gofredo de Harcurt, por lo práctico que era en la tierra de Normandia; el cual, como mariscal de la comitiva del rey, seguido de quinientos hombres de armas y dos mil arqueros, cabalgó hasta ponerse á seis ó siete leguas de la hueste, quemando y arrasando la tierra.

....Y esto lo hacía diariamente mosen Gofredo de Harcurt, alejándose hacia la diestra mano del camino que llevaba la hueste,

y volviendo por la noche al real por la noticia que siempre tenía del paraje donde había de posar el rey; pero cuando la tierra era rica y abundante, solía estarse dos días separado de la hueste.»

En estos otros periodos, extractados del *Capítulo XVIII* de la *Segunda parte* del mismo *Libro primero*, en que refiere Fro-sardo. una expedición del mismo rey Eduardo de Inglaterra contra los escoceses, se describe una cabalgada, también salida de la hueste inglesa, que ofrece semejanza con las exploraciones de la caballería moderna:

«Embarcóse el rey en Calés con todos sus hombres de armas y arqueros y navegó hasta Dover.... Esperó allí aquel día y la noche á que desembarcaran los caballos y las armas y al siguiente día se encaminó á Cantorbery.... Gualter de Mauny, el esforzado y gentil caballero, se despidió del rey diciéndole que quería cabalgar delante de la hueste para abrirle camino.... Cabalgó, pues, mosen Gualter con su gente, sin descansar apenas de día ni de noche, hasta la villa de Bervique, después de pasar el río Tuid que corre delante de ella.... Informóse allí de que los escoceses, bajo el mando de mosen Gil Asneton, primo del conde de Douglas y en muy corto número, guarnecían el castillo.... Quiero que sepa ese caballero —dijo mosen Gualter— que he venido aquí á preparar alojamiento al rey de Inglaterra....»

De otra expedición análoga, conducida por mosen Tomás de Felletón, se habla en los *Capítulos CCXXIV y CCXXV* de la *Segunda parte* del mismo *Libro primero*.

«Acércose mosen Tomás de Felletón al príncipe y le dijo: Señor: un favor quiero pedirós.—¿Cuál?—preguntó el príncipe.—Que me deis licencia para separarme de la hueste é ir de cabalgada. Tengo conmigo algunos caballeros y escuderos deseosos de distinguirse y yo os prometo cabalgar tan adelante con ellos, que os traiga noticias ciertas sobre la ordenanza de los enemigos, lugares donde se encuentran y alojamientos que tienen....»

Partióse de la hueste del príncipe al frente de la cabalgada el dicho mosen Tomás de Felletón. Iban con él mosen Gil de Felletón su hermano, mosen Tomás de Fort... y hasta ocho mil trescientos arqueros; hombres todos muy avezados en hechos de guerra y bien

montados. Cabalgaron esos hombres de armas y arqueros por el reino de Navarra, llevando consigo prácticos en la tierra que los guiasen; pasaron el río Ebro, que es grande y profundo, por Logroño, y fueron á posar á un lugar llamado Navarrete

Alejados así esos caballeros cinco jornadas de la hueste, salian con frecuencia de sus alojamientos de Navarrete y corrían la tierra cabalgando alrededor de la hueste enemiga para averiguar la disposición de ella y los lugares que ocupaba

De otra cabalgada mucho más importante que las anteriores, conducida por el mismo príncipe á que acaba de hacerse referencia—el famoso Eduardo de Inglaterra, llamado el *Príncipe Negro*—trata Frosardo en los *Capítulos XIX* y siguientes de la *Segunda parte del Libro primero* de sus *Crónicas*.

Esa cabalgada, bastante parecida en la manera de llevarla á efecto, á aquellas otras de nuestros antiguos reyes á que atrás hice referencia, es memorable por haber tenido por epílogo la sangrienta batalla de Puatiers, en que quedó prisionero de los ingleses el rey Juan de Francia.

Pero basta; que con lo dicho sobre las antiguas cabalgadas es suficiente para que se haga el lector idea de lo que eran. Si quisiere más noticias búsquelas en las historias, crónicas y otras obras antiguas, donde hallará copia de ellas, y particularmente, concretándonos á las escritas en lengua castellana, en las *Siete partidas*, en las obras de D. Juan Manuel, y en cierto códice descubierto por el Padre Villanueva y dado á la imprenta por la *Academia de la Historia* en su *Memorial histórico español*, que lleva por título *Fuero sobre el fecho de cabalgadas*, que aunque sea apócrifo, pues que se finje instituido por Carlomagno, tiene, como el *Fuero de Avilés*, que diz que lo es asimismo, el mérito de ser una antiquísima falsificación que nos muestra, ya que no las costumbres del tiempo en que se supone escrito, las de aquel otro en que realmente se escribió; á la manera que las pinturas de Alberto Dürer, el representar anacrónicamente asuntos bíblicos, nos ponen de mani-

fiesto trajes, escenas domésticas y costumbres populares contemporáneas ó poco anteriores al artista.

Las cabalgadas modernas, por lo que á naciones de civilización europea toca, demás está decir que presuponen un estado de guerra y, de consiguiente, ejércitos regulares beligerantes en presencia unos de otros.

Destácanse de uno de ellos, ora juntos, ora divididos en grupos que se esparcen ó reconcentran según las circunstancias, pero en constante comunicación entre sí, unos cuantos miles de caballos, que pueden ser más ó menos conforme al número de ellos de que se disponga é importancia de la operación que haya de practicarse. La extensión del territorio abarcado por la cabalgada ha de subordinarse no solo al objeto de ella, sino también á los peligros que haya de arrostrar y muy en gran manera á la necesidad de proveerse diariamente de vituallas y forrajés para el sostenimiento de los hombres y caballos que forman la expedición. Así en comarcas ricas y pobladas podrán, por lo que á ese último punto de vista atañe, concentrarse en más reducido espacio los expedicionarios que en las pobres y de menguados recursos, donde los forzará la necesidad á esparcirse sobre dilatadas extensiones de territorio.

Consistiendo el principal objeto de la cabalgada en perjudicar al enemigo privándole de recursos y dificultándole sus movimientos, hará la caballería agresora por rodear la hueste contraria hasta llegar á situarse á los costados y espaldas y por interponerse si puede entre sus cuerpos y divisiones; le quemará los parques y almacenes, los pueblos de donde saque sus víveres, le volará los puentes y vías férreas, talará las mieses enderredor suyo si fuere tiempo de ellas y le hará, en pocas palabras, cuanto daño pueda; no titubeando en arrojarle sobre sus mismas tropas y en aceptar combates con ellas cuando tengan seguridad ó grandes probabilidades de vencerlas, y esquivando tales encuentros cuando nada vaya en ellos ganando, ó le sean peligrosos ó de dudoso resultado. Hacer lo uno ó lo otro estará al arbitrio de los expediciona-

rios, si son no más que tropas de infantería las que se les opongan; pero si las hubiera también de caballería entre ellas, podrán contar siempre con la ventaja nada despreciable de la iniciativa, que les dará sobre el enemigo un tiempo de adelanto en los movimientos.

En una cabalgada—la misma palabra lo está diciendo—no ha de ir nadie á pié, pues por pocos que fueran los peones, bastarían ellos para entorpecer los movimientos de los demás expedicionarios, obligándolos á marchar á su paso ó forzándolos en último extremo á llevarlos á la grupa con perjuicio en todo caso de la movilidad, que ha de ser la primera condición de tales correrías; pues las armas de ellas deben ser antes que las lanzas, espadas y carabinas, los pies de los caballos.

Pero siendo preciso que la cabalgada se baste á sí misma en cualquiera caso y pudiendo ofrecérsele algunos de tener que pelear contra infantería enemiga bien apercebida á la defensa y hasta atrincherada, en los cuales sería absurdo, ó imprudentísimo cuando menos, cargar contra ella á caballo, se hace indispensable que vayan los cabalgadores provistos de carabinas y sean perfectamente idóneos para el combate á pié en la forma que prescriben hoy todos los reglamentos.

Pero es consejo que ha de tenerse muy presente en toda cabalgada, el de andar á pié no más que lo absolutamente preciso; pues no solamente ha de aprovecharse la ventaja de la presteza en el moverse que dá el ir á caballo para hacer largas jornadas y andarlas en breve tiempo, sino también para verificar rápidamente esas evoluciones dentro del campo de batalla que conducen á envolver al adversario. Hacerlo así en cuanto se le divise y tan velozmente como se pueda, echar pié á tierra para dispararle una granizada de balas, cabalgar y echársele encima á toda brida en cuanto dé muestras de desordenarse y lanzarse en su seguimiento sin darle punto de reposo en cuanto huya, es el método de combatir caballería contra infantería de que mejores resultados puede prometerse la primera en tierra llana y sin obstáculos. Y aún

serán más seguros y decisivos esos resultados si á la acción de la caballería puede concurrir la de algunas piezas ligeras de artillería. Pero esta combinación, indicadísima en las grandes batallas en que toman parte las tres armas, es difícil de realizar en las cabalgadas por ser muy raros los casos en que puedan llevarse piezas de artillería, por ligeras que sean, en tales expediciones.

Son las cabalgadas, así como las exploraciones en grande, efectuadas por gruesos cuerpos independientes de caballería, empresas de guerra de extraordinaria importancia y no menor utilidad, que ocupan largos capítulos en los tratados de arte de la guerra. En el solo hecho de admitirse como factibles tales correrías, vá implícitamente reconocido el de poder moverse libremente fuertes grupos de caballos entre regimientos, divisiones y cuerpos enemigos de infantería, sin temor alguno ni de verse obligados á combatir cuando no les plazca ni de que se les cierren los caminos para retirarse cuando acuerden hacerlo.

No hay que sorprenderse, pues, de que no sepan nuestras columnas envolver ni forzar á batalla á las partidas insurrectas. Ni se achaque á impericia de nuestros caudillos lo que es hijo de la misma naturaleza de las cosas. Pónganse en lugar de ellos los más afamados capitanes y en vez de nuestros batallones los más expertos y aguerridos que haya en el mundo, pero déjeselos en igualdad de condiciones que nuestra gente y los resultados de la guerra no serán mejores que los obtenidos hasta ahora.

IV

La infantería y la caballería tienen en la guerra cada una su respectivo oficio; no estorbándose la una á la otra, sino antes ayudándose mutuamente. La caballería, no obstante, puede hacer veces de infantería si está instruida para ello, pero la infantería no puede de ningún modo sustituir á la caballería en sus funciones.



I nosotros los españoles, que llevamos doce mortales siglos empeñados en guerras con el mundo entero y con nosotros mismos, pues por guerrear, hasta con el Papa, con ser tan católicos, hemos varias veces reñido, en vez de acudir en busca de lecciones de cosas de guerra á Francia y Alemania para copiar *ce por be*, y venga ó no á cuento, lo que allí se hace, nos tomáramos el trabajo de consultar nuestra propia experiencia en tales materias—que no es floja como se vé—algo mejor andaríamos de lo que andamos. Y una cosa habríamos de advertir muy pronto: que nuestro excesivo apego, de cuatro siglos acá, á combatir á pié y nuestra ceguera en atribuir á la caballería menor importancia de la que tiene en la guerra, nos han sido funestísimos.

Perdimos la batalla de Ravena, en los albores de la Edad Moderna, y la muy famosa de Rocruá, ciento treinta años adelante, por ser muy inferiores en caballería á nuestros adversarios los franceses; aunque les fuéramos superiores en ambas jornadas por la calidad de nuestra infantería. Pudieron nuestros infantes en la primera de esas batallas, retirarse ordena-

damente del campo, resistiendo victoriosamente las embestidas furiosas del enemigo que por todas partes los rodeaba; pero en la última se vieron reducidos nuestros gloriosos tercios viejos á contemplar, sin manera de poner remedio, como el duque de Anguián—llamado más adelante *el gran Condé*—barría con su caballería y aventaba de la llanura á todas nuestras tropas auxiliares; y cuando, esto hecho, se encontró el impetuoso príncipe frente á aquellos temibles aventureros que la fama pregonaba por invencibles, que formados en prolongada y profunda haz erizada de picas y fulminando rayos de los mosquetes, parecían, por lo firmes, en aquel campo de desolación y de estrago, según la comparación tan repetida, inquebrantable peña en medio de mar embravecido, los des hizo primero á cañonazos y acabó después de desbaratarlos á cuchilladas.

A las batallas de Almansa y Villaviciosa, ganadas por el concurso de la caballería—extranjera casi toda ella—que tenía de su parte, debió Felipe V el trono de España; y los desastres que experimentaron nuestras armas en Espinosa, Cabezón, Valmeseda, Somosierra, Ocaña y Uclés en la guerra de la independencia, á falta de buena caballería por nuestra parte y á lo numerosa y buena que era la de los franceses, deben ser atribuidos. Por último, la pérdida de nuestras colonias de la América meridional, fué consecuencia de nuestra inferioridad en caballería á los enemigos. A los *llaneros* y *pamperos* de Nueva Granada y Buenos Aires deben esas colonias su independencia. Ellos fueron los que con sus prodigiosas marchas y atrevidas cabalgadas cansaron á nuestras tropas y les hicieron imposible el sostenerse en esas dilatadas regiones, y ellos asimismo los que ganaron la batalla de Ayacucho que puso fin á nuestra dominación en el continente meridional de América. Estúdiense con atención estas últimas guerras, que pudiera llamar civiles, y habrá de verse que no discrepo un punto de la verdad.

Pero si en lugar de dedicarnos á la ingrata tarea de husmear noticias oscuras sobre nuestros propios asuntos en libros

indigestos y poco conocidos, preferimos engolfarnos en más amenas y fáciles lecturas sobre las grandes campañas modernas para hacer aplicación de sus enseñanzas á nuestras guerras irregulares, (lo que viene á ser tanto como si para levantar el plano de un mal corral, en que lo mismo diera equivocarse por vara de más que de menos, nos valiéramos de complicados procedimientos de geodesia), entonces atengámonos á los resultados.

Si la inferioridad y escasez de caballería tan perjudiciales nos han sido á los españoles en las guerras de los últimos siglos, costó en cambio á los franceses perder muchas batallas y verse varias veces al borde de la ruina y con el agua al cuello, como suele decirse, el desprecio que hasta muy avanzado ya el siglo XVI hicieron de la gente de á pié y su terquedad en prescindir de ella en los combates; debiendo ser achacados á ello en gran parte los desastres que padecieron sus armas en las famosas guerras de Cien Años.

En tan poco tenía aquella arrogante y belicosa nobleza francesa á los peones, que á la vez que se imaginaba fácil desbaratar los enemigos, aunque fueran tan firmes y tan temibles como los célebres arqueros ingleses, cargando sobre ellos de frente, creía más de estorbo que de ayuda los propios. Así en la memorable batalla de Crecy, comenzó la nobleza de Francia con su rey Felipe á su frente, por atropellar á los quince mil ballesteros auxiliares genoveses que formaban su propia vanguardia, para arrojarse con terrible ímpetu sobre la línea de arqueros que constituía la del enemigo. Estos, al ver la avalancha de caballos que se les venía encima, lanzaron sobre ella espesa lluvia de saetas—de aquellas grandes saetas de tres pies de largo á que tanta celebridad dieran Robin Hud, Guillermo de Clúdesly y otros famosos bandoleros con sus hazañas—que despedidas con certera y vigorosa mano de los recios arcos largos (*long bows*), sembraron el estrago y la muerte en sus filas.

Lo mismo en esa batalla de Crecy que en la de Azincurt, el empeño de la nobleza francesa, á caballo toda ella, en arro-

jarse de frente, y sin preparación alguna que le abriera y facilitara el camino, sobre los arqueros contrarios, celebradísimos por su destreza, fué la causa de su ruina. Costó la vida la última de ellas á siete príncipes de la sangre real y á ocho mil caballeros, de los cuales había ciento veinte de la más alta nobleza y que alzaban bandera propia, (*chevaliers bannerets*), equivalentes á los que se decían ricos hombres de pendón y caldera en Castilla; y perecieron en la primera once príncipes de la familia real, ochenta de los mencionados grandes señores y mil doscientos caballeros llanos, sin contar treinta mil hombres de los concejos franceses.

Lo que en esas batallas habían hecho los arqueros ingleses, tocó hacerlo en la de Pavía á los arcabuceros españoles; pero ya en tiempo anterior á esta última jornada y posterior á aquellas otras—en las guerras del duque de Borgoña Carlos, el Temerario contra los suizos—se había hecho patente la insuficiencia de la caballería por sí sola, por intrépida que fuera, para vencer á una infantería sólida y valerosa.

Pobres montañeses los suizos, pero fortísimos y de grandísimo ánimo, viéronse arrastrados por las circunstancias á guerrear contra el príncipe más rico y poderoso de la cristianidad y le salieron al encuentro, como ya lo hicieran el siglo anterior sus padres en sus guerras con los duques de Austria, armados de alabardas y larguísimas picas, y ordenados en macizas falanges protegidas por artillería y ballesteros; contra cuyas sólidas masas se estrelló aquella brillantísima caballería de Bravante, Henao, Artuá y Borgoña en las memorables jornadas de Granson, de Morat y de Nancy.

En milicia, como en todo, hay que huir de los extremos, porque lo justo y lo exacto se encuentra en los términos medios. Ni puede impunemente prescindirse de la caballería, como poco menos lo hemos hecho nosotros, embriagados por los gloriosos recuerdos de aquellos infantes aventureros y mercenarios del siglo XVI, tan arrogantes y hechos al oficio de la guerra como turbulentos é indisciplinados, que tanta fama dieron á nuestra nación en el mundo, ni dejar á un lado

por inútil á la infantería como lo hizo la nobleza francesa en los postreros siglos de la Edad Media en que tuvo que habérselas con naciones que tan buena la tenían como los ingleses, los suizos y nosotros.

Pero entre las dos faltas, de caballería ó de infantería, la última es preferible porque tiene inmediato remedio, mientras que la primera es irremediable. Una caballería *bien instruida* se convierte, en efecto, en infantería con solo que eche pié á tierra y empuñe las carabinas; pero de infantería, por buena que sea, no puede hacerse caballería.

La caballería que, bien porque encuentre obstáculos infranqueables para los caballos, bien porque se vea obligada por otras circunstancias—la falta de infantería por ejemplo—á defender á pié firme un puesto, descienda de los caballos y combata con las carabinas, se convierte *ipso facto* en infantería sin otras desventajas con respecto á otra infantería cualquiera, que la de carecer de bayonetas y la pequeña disminución en el número de combatientes á que la obligará la necesidad de destinar algunos de ellos á tener de la brida los caballos. De esos dos inconvenientes el primero es ilusorio, pues sabido es que la bayoneta, si alguna aplicación tiene, es solo cuando se combate á la ofensiva, caso en el cual sería insensato cargar á pié pudiendo hacerlo á caballo; y el segundo de poca importancia por no exigir el dicho servicio de tener los caballos de la brida sino la cuarta parte del número total de los combatientes en los casos ordinarios, que puede hacerse descender á la quinta ó la sexta en los apurados.

Pero antes de pasar más adelante, quiero dejar aclarado lo que acabo de decir respecto á la ventaja que tiene en el ataque el que vá á caballo sobre el que vá á pié, pues mal interpretado mi concepto, pudiera chocar con ideas muy difundidas sobre la superioridad de la infantería á la caballería en el combate. Y es que muchos de los que afirman la existencia de esa superioridad, tengo para mí, que no hacen sino acojer una aseveración ya de largo tiempo atrás expresada, sin parar mientes en lo que ella significa. Que no es ni puede ser de

ninguna manera que en una carga ó embestida de una tropa á otra, sea mejor para los agresores el ir á pié que á caballo, porque eso sería lisa y llanamente absurdo.

Pongamos dos tropas ó grupos enemigos frente á frente, separados por un espacio de algunos centenares ó miles de pasos; uno de ellos que avanza y el contrario que espera. La fuerza agresora tardará muchísimo menos tiempo en recorrer el espacio peligroso, ó sea, el batido por los tiros de sus contrarios, yendo á caballo que yendo á pié, lo cual le dará en el primer caso dos notables ventajas: recibir muchísimos menos tiros y hacer, por su rapidez en mudar de lugar al acercarse al enemigo, que sean muy inciertos los que este le dispare. Pero no solo en eso consiste la ventaja de ir á caballo sobre ir á pié en la embestida, sino también en llegar á la posición enemiga enteramente descansado, y en el mucho mayor impetu y fuerza del choque.

No obstante, sucede—y no solo ahora que el infante tiene en su mano el más poderoso instrumento de guerra jamás nunca conocido, como dice el gran Napoleón, sino que sucedía también cuando solo disponía del arco y la ballesta—que si la infantería que espera la carga tiene aplomo y decisión para recibirla, la rechazará casi siempre. ¿Pero quiere decir eso que no la rechace también—y mucho más fácilmente—si el agresor vá á pié en lugar de ir á caballo? Si en Crecy, en Azincurt, en Ravena, en Ceriñola, en Pavia, en Waterlloo, en los muchos combates en que fueron victoriosamente repetidas por una infantería serena y animosa las embestidas de la caballería, hubiera sido infantería también y no caballería la que diera las cargas ¿no hubieran sido también rechazadas? ¿ó cabe acaso en cabeza de nadie que sea mejor para el que intente apoderarse de una posición enemiga invertir media hora en andar el espacio que de ella lo separe que solo seis minutos, y llegar allí jadeante y sin fuerzas, que descansado, vigoroso, dueño de sí y ayudado del empuje del caballo?

Lo que hay verdaderamente es que entre una tropa que arremete y otra que espera la arremetida, lleva la última la

seguridad de ganar si tiene serenidad y ánimo para aguardar á la primera hasta el último momento sin amilanarse. Es más; no llegará nunca la tropa agresora á encontrarse con la contraria si vé en su actitud el firme propósito de no abandonar el puesto. Y mucho menos llegará yendo á pié que á caballo, pudiendo bien asegurarse que si en el último caso se desordena y vuelve grupas á los cincuenta pasos, volverá las espaldas á los doscientos en el primero.

Cierto es que no siempre puede sustituir la caballería á la infantería en el ataque; porque tan agrio puede ser el terreno por donde se avance y de tales obstáculos hallarse cubierto, que se haga indispensable el ir á pié. Pero en tal caso todavía se hace más patente la desventaja del que ataca con respecto al que se defiende que cuando el terreno es llano y fácil de andar. Así puede tenerse por seguro que si el defensor se mantiene firme é impávido, jamás llegará la tropa agresora á poner la planta ni en la posición objeto del ataque, ni á bastante distancia de ella.

No se dará, pues, el caso de que eche de menos las bayonetas la fuerza agresora; porque si llega á ocupar la posición enemiga, será solo porque haya faltado ánimo á los defensores de ella y la hayan abandonado al ver acercarse á sus adversarios. Así no es que la infantería tenga tal superioridad en el combate sobre la caballería; es la defensa la que la tiene sobre el ataque. Y sabido es que la caballería no conoce otro procedimiento de combate que el ofensivo, consistiendo principalmente en ello su inferioridad con respecto á la infantería.

Esa inferioridad es hoy más marcada que en los siglos pasados, por la enorme preponderancia que el perfeccionamiento de las armas que hieren de lejos han dado á la defensa sobre el ataque. Las ballestas de mano alcanzaban quinientas varas, los arcos largos de los ingleses trescientas, los fusiles de principios del siglo, mil doscientas, los que al presente se

usan más que la vista del tirador. (*) Júzguese, pues, hasta qué extremo no serán hoy difíciles las cargas de caballería contra infantería formada y decidida á resistir, si ya lo eran cuando solo contaba la última para su defensa con picas, arcos y ballestas. Pero repito—y nunca insistiré lo bastante en ello—que no lleva la de perder la caballería en tales casos por caballería sino por agresora.

Si con frecuencia se ven coronados por el éxito los esfuerzos del que ataca, debe de atribuirse á la fuerza moral que le dá la iniciativa y á la flojedad de los contrarios, que no es común posean el aplomo que se requiere para aguardar impávidamente la carga, contrarrestando la influencia poderosa que aquella fuerza moral pone de parte del agresor con el vigor de un ánimo inquebrantable.

Puede decirse, por lo tanto, que el atacar á una tropa enemiga no desordenada y que parezca decidida á defenderse, es, más que peligroso, temerario, cualquiera que sea la forma en que se proceda al ataque; pero que, ya en el caso de hacerlo, es mucho menos arriesgado y ofrece mayores probabilidades de feliz suceso el cargar á caballo que á pié. Debe, de

(*) Estas cifras son solo aproximadas y se refieren á los alcances eficaces y no á los absolutos; pues estos eran mucho mayores. Del tiempo de los fusiles lisos se habla de *balas perdidas* á distancias hasta de dos mil varas. El arco largo de los ingleses, á todo tirar, ponía la saeta hasta á quinientaa yardas y más. Una ordenanza de Enrique VIII de Inglaterra—Acta 33 de su reinado—fijaba en 220 yardas—203 metros—la distancia mínima á que habían de colocarse los blancos en los campos de instrucción. Pero el alcance así del arco como de la ballesta es muy variable por depender de la fuerza del arma, que en el arco ha de subordinarse al vigor del brazo del que la maneja, mientras que en la ballesta puede llevarse á extremos casi ilimitados por armarse ella por medio de gafa, torno ú otros artificios mecánicos. Por *tiro de ballesta* se entendía, no obstante, una distancia de 500 á 700 metros. Los ingleses preferían como arma de campaña el arco á la ballesta, en primer lugar por lo diestros que eran en su manejo, en segundo por ser de tiro mucho más rápido, y en tercero por exigir mucho menor espacio para el tirador y prestarse mejor, de consiguiente, á las formaciones compactas.

consiguiente, cargarse siempre á caballo si el terreno y la clase de tropas de que se disponga lo consienten.

Muy mal resultado tuvieron las cargas de la caballería francesa en Reischofen y Sedán en la guerra franco-germánica; pero con infantería ni hubiera sido posible siquiera intentarlas.

Los ejemplos de los combates de Somorrostro en nuestra última guerra civil y de Plevna en la turco-rusa, el del famoso ataque de San Privat por la guardia real prusiana y otros muchos de las guerras modernas que pudiera citar, demuestran patentemente que hoy con el prodigioso alcance y rapidez de tiro de las armas portátiles de fuego, cualquiera tropa por mediana que sea, tiene á raya á los más briosos enemigos que pretenden desalojarla de sus posiciones.

Cierto es que los reglamentos tácticos, para hacer posible el avance sobre la posición enemiga, disponen que la fuerza que haya de verificarlo, se desparrame cuanto le sea posible, dejando á los grupos en que se divide iniciativa para ampararse en los pliegues del terreno y para ir avanzando á saltos; pero como al fin y á la postre ha de llegarse alguna vez á la posición enemiga, ha de necesitarse cierta cohesión en los últimos momentos para cerrar á pecho con el contrario, y al propio tiempo arrecia el peligro conforme van acortándose las distancias, no solo por la mayor certeza de los tiros enemigos sino también por la facilidad con que puede ser objeto la tropa invasora de una carga ya de la misma infantería que la espera, ya de caballería, que muy probablemente le sería desastrosa en tan críticos instantes, de aquí que sean las cargas operaciones casi absolutamente irrealizables. Hoy ni se intentan siquiera, sin prepararlas previamente por violentísimos y prolongados cañoneos que quebranten, aterren y desordenen al enemigo, siendo aún así, de muy dudoso éxito.

Sin caballería puede obtenerse victorias pero no completas ni decisivas, por hacerse imposible sin su concurso acabar de deshacer y perseguir á los vencidos. Tampoco podrá

explorarse los alrededores del campo ni esclarecerse la hueste en las marchas sino á distancias cortísimas, andándose así á ciegas y exponiéndose á ser envuelto, incomunicado con los párques, almacenes y plazas fuertes de que se dependa y á caer en emboscadas á cada paso.

Si el enemigo tiene caballería, como es natural que suceda, se verá también el ejército que carezca de ella compelido á pelear siempre á la defensiva, con riesgo de experimentar terribles desastres cuando le sea desfavorable la suerte de las armas y sin el desquite de ocasionárselos al adversario cuando obtenga sobre él el triunfo. Por eso, sin duda, dice el general Almirante en su *Diccionario Militar* que «respecto á caballería no hay yerro alguno en sostener que buena ó mala cuanta más mejor.»

Por el contrario, el ejército compuesto solo de caballería, carecerá de solidez para defender posiciones y aún para establecerse permanentemente en las que gane; tendrá siempre por fuerza que pelear á la ofensiva por ser la única forma de combate posible para la caballería, con todos los inconvenientes que ello trae consigo; pero nunca podrá ser envuelto, sorprendido ni incomunicado con sus plazas y depósitos, ni experimentará grandes quebrantos cuando sea vencido, teniendo en todo caso á su arbitrio el apelar á la fuga.

Digo que la caballería no tiene otra manera de combatir que embistiendo al adversario, porque así está consignado por todos los autores militares y así lo indica la reflexión más elemental y somera. ¿De qué aprovecha, en efecto, el caballo si se ha de permanecer quieto en un lugar esperando la carga del enemigo ó sufriendo sus tiros? ¿no es, al contrario, un estorbo en tales casos por lo que contribuye, con su continuo moverse, á desviar la dirección de los tiros propios; con su bulto, á que se presente mayor blanco á los del adversario y por lo que embarga al cabalgador en la libre disposición de la mano de la brida? Por eso prohíben todos los reglamentos á la caballería el esperar á pié firme los ataques del enemigo, y por eso decía textualmente Federico II de Prusia en sus

instrucciones: «Todo oficial de caballería que se deje cargar á pié firme será privado de su empléo.»

Los ejemplos de la batalla de Ayacucho, de la que la precedió con pocos días de intervalo, y de algunos otros combates reñidos en la América meridional entre nuestra caballería y la insurrecta, en las cuales la última, á pié firme y presentando las puntas de sus larguísimas lanzas, consiguió deshacer completamente á la primera que la cargaba á toda brida, son excepciones que confirman la regla general y que si algo prueban es, más que lo buena que fuera la caballería boliviana, lo mala que era la nuestra.

La caballería no tiene otro oficio en el campo de batalla que el de cargar; para ello es inmensamente superior á la infantería; porque atraviesa con velocidad grandísima el espacio peligroso, conservan los hombres todo su vigor y entereza en el momento del choque, infunden gran pavor por lo imponente de su masa y rapidez de su avance en los ánimos de los contrarios y les son realmente peligrosísimos por constituir un verdadero proyectil el conjunto del hombre y la cabalgadura. Pero aún con tan favorables condiciones, es tan arriesgado el dar cargas, mayormente con las armas de que dispone hoy el defensor, que han de ser oportunísimas para que se vean coronadas por el éxito. Por eso se ha dicho que la caballería es el arma de la oportunidad, habiendo de aprovechar sin vacilaciones el que la dirija el momento decisivo de valerse de ella. Y llegado que sea ese instante, ha de tratársela sin contemplaciones ni escrúpulos, como si fuera un proyectil de artillería, que por gran valor que tenga se lanza cuando llega el caso contra el enemigo. «Hay que cuidar el caballo como si valiera un millón para tratarlo cuando haga falta como si no valiera un cuarto», decía Federico II de Prusia.

La exacta apreciación del momento oportuno para dar una carga fué siempre difícil; pero hoy, dada la enorme distancia á que se inician los combates, lo es en grado extremo. Porque ¿quién es capaz de distinguir á dos mil metros de

distancia si está el enemigo lo bastante quebrantado para no resistir una carga? ¿ni quién puede asegurar que no cambien las circunstancias durante el tiempo, por breve que sea, que invierta la caballería en franquear aquel espacio? ¿ni cómo—tampoco— ha de poderse apreciar á tal distancia la existencia de obstáculos que, vistos de cerca, resulten ó infranqueables ó lo bastante difíciles de vencer para que se pierda en ello un tiempo precioso?

Por eso la misión de la caballería en el campo de batalla se ha complicado muchísimo en los últimos tiempos, necesitando de excepcionalísimas dotes para dirigirla y emplearla.

Pero la caballería posee la preciosa facultad, si está bien instruida—y no lo está hoy ni lo estuvo nunca la que no la posee—de echar pié á tierra y convertirse en infantería. Ninguno de los inconvenientes señalados para la caballería le son aplicables en tal caso; pudiendo muy propiamente decirse á una tal caballería *reina de las armas*, porque tendrá todas las buenas cualidades de ambas á dos—caballería é infantería—sin ninguno de los inconvenientes de la una ni de la otra.

Caballería que deje los caballos y combata á pié puede desempeñar todos los servicios de la infantería; muchos de ellos, si los hace á caballo, mejor y más eficazmente que la misma infantería—pues á ésta le vendría muy bien hacer á caballo bastantes de los servicios que hoy hace á pié—y podría además desempeñar los propios suyos, mientras que la infantería no puede sustituir á la caballería en ninguna de sus funciones.

Esa propiedad de la caballería de pelear como infantería tiene grandísima aplicación en los combates defensivos, pues permite tomar la iniciativa en el momento en que convenga hacerlo para frustrar los ataques del contrario arrojándose sobre él, desconcertándolo y poniéndolo en fuga.

El combatir la caballería pié á tierra como infantería, se halla consignado en todos los reglamentos europeos desde el tiempo de Federico el Grande de Prusia; pero siendo cosa tan

natural, tan sencilla, tan de clavo pasado, que se acuda á tal recurso cuando convenga hacerlo, debe de ser, y es efectivamente, viejísimo. Hasta hubo un tiempo en que se adoptó por sistema el echar siempre pié á tierra para combatir, interpolándose los hombres de armas—que así se llamaban entre nosotros, y también en Francia los caballeros cubiertos de armadura completa—con los peones.

Tuvo principio esa usanza, entre los ingleses que invadieron el reino de Francia en el siglo XIV, que muy escasos de caballos en su ejército para resistir las acometidas de la numerosa y pujante caballería francesa, tuvieron por precisión que ponerse siempre á la defensiva en los combates.

A lo que la necesidad había engendrado, dieron alientos las victorias obtenidas por los ingleses en aquellas guerras; llegando á prevalecer algún tiempo la opinión de que en lucha el hombre á pié con el de á caballo estaba la ventaja por aquel primero. En esa época se estableció como adagio ó á modo de precepto entre los hombres de armas, «que el puesto de honor en las batallas estaba al lado de los arqueros.»

Dos batallas muy memorables ocurrieron en ese tiempo, y en ambas se aplicó ese sistema de que peleara á pié la gente de á caballo: la de Puatiers, en que quedó prisionero de los ingleses el rey Juan de Francia, y la de Najera reñida en Castilla y en la que combatieron, de parte del Rey D. Pedro, los más afamados caballeros y escuderos de Inglaterra y de Guiena conducidos por el príncipe de Gales Eduardo, llamado *el Príncipe Negro*, y por la de D. Enrique, casi toda la nobleza castellana y muchos caballeros y escuderos aragoneses y franceses que tenían á su frente al célebre Beltrán de Claquín.

La desproporción de fuerzas era grandísima en la primera de esas batallas, pues mientras que el *Príncipe Negro* que gobernaba la hueste inglesa, disponía tan solo de dos mil hombres de armas, cuatro mil arqueros y mil quinientos peones de los llamados *brigantes*, contaba el rey de Francia con cincuenta mil caballos que llevaban sobre sus lomos á toda la nobleza del reino.

Dispuso el último, en vista de encontrarse sus enemigos fortificados en un otero de agria y difícil subida, que echase pié á tierra toda su gente y que cortasen las lanzas á cinco piés de largo para pelear como infantes, exceptuando tan solo de esa disposición á trescientos hombres de armas escogidos entre todos los de su hueste y á un pequeño tropel de caballeros alemanes, sus auxiliares.

Del lado contrario estaban también á pié todos los hombres de armas, menos trescientos de ellos y otros tantos arqueros que destacó el Príncipe poco antes de comenzar la batalla para que cayesen sobre el costado izquierdo de la hueste francesa cuando llegase la oportunidad de hacerlo. Dispuso, sin embargo, que los hombres de armas tuviesen cerca de sí los caballos para montar pronto en ellos si fuese necesario, y colocó á los arqueros en primera línea.

El ataque de los franceses, aún yendo á pié, fué tan impetuoso como todos los suyos; pero el espeso nublado de saetas con que fué recibido, tan violentamente disparadas de los arcos, que ni bastaban á detener su ímpetu los recios arneses que entonces se usaban, lo hicieron por completo estéril.

Varias veces repetido y siempre sin fruto, acabó por desordenarse la hueste del rey de Francia, y llegó el momento para los hombres de armas ingleses y navarros del *Príncipe Negro*, de cabalgar y de lanzarse á la carrera sobre los desmoralizados contrarios, al par que los embestían por el costado derecho los hombres de armas que para el caso tenía dispuestos el Príncipe desde antes de comenzarse el combate. El descalabro que sufrió la hueste francesa es de los más desastrosos que registra la historia en sus páginas.

Me he detenido más de lo que á primera vista parece que debiera haberlo hecho, en la relación de una batalla reñida en tiempo tan lejano y distinto del nuestro, porque difícilmente se encontrará otra en que tan sabiamente se haya aplicado el procedimiento de combate de que estoy tratando. En él la caballería hizo de infantería cuando tuvo que defenderse y tornó a ser caballería cuando la hizo necesaria la des-

moralización del enemigo; y tan bien y oportunamente fué llevado todo ello á efecto, que bastaría esa batalla por sí sola, en que combatió el Príncipe de Gales con tan enorme desigualdad de fuerzas y con tan brillante resultado, para granjearle fama de capitán insigne.

Ese famoso combate probaría también, si para cosa tan evidente se necesitase de prueba, que no es al ir á caballo, sino á la misma desfavorable condición en que el hecho de atacar coloca al agresor, á lo que hay que atribuir lo infructuoso de muchas cargas de caballería inoportunamente practicadas; pues que en él iban á pié y no á caballo los agresores. Y no se me objete que de hechos anteriores á la aplicación de las armas de fuego no puede sacarse enseñanzas útiles al tiempo presente, cuando — como en el citado ejemplo sucede — más pudo ser contraria que provechosa la falta de tan poderosos instrumentos de guerra á la realización de aquellos mismos hechos. O en otros términos: que lo sucedido en la batalla de Puatiers tendría más fácil explicación hoy que en el tiempo en que sucedió; porque ¿cómo no habría de ser más fácil rechazar las cargas de un enemigo cubierto de hierro y seis ó siete veces superior en número á los propios, estando éstos armados de buenos fusiles de repetición que de arcos?

De la batalla de Nájera, sucedida once años después de la anterior, también dirigida y también ganada por el mismo príncipe Eduardo de Gales, ni habría hablado siquiera si no me hubiera traído á hacerlo la circunstancia de haber combatido á pié como en la otra las caballerías de ambos ejércitos contendientes.

«El rey Don Enrique ovo su consejo é dijéronle que pues los contrarios venían todos á pié que era bueno tener esta ordenanza.»
—dice Pero López de Ayala, cronista, testigo y actor en el suceso, como hombre de armas que era de la hueste de Don Enrique.

Y efectivamente á pié iban, aunque tenían cerca los caballos, los hombres de armas de la hueste inglesa; pero D. Enrique solo dejó á pié de los suyos á los extranjeros — franceses

y aragoneses—que acaudillaba Beltrán de Claquín y á los mil caballeros y escuderos castellanos que formaban el centro de la primera línea. Las alas derechas é izquierda—también formadas de hombres de armas y ginetes castellanos—permanecieron á caballo y lo mismo hicieron todos los hombres de armas de la segunda línea. Iban á pie en ésta, por carecer de cabalgaduras, muchos hidalgos montañeses, asturianos y vizcaínos, y multitud de gente de los concejos de las ciudades; pero toda esa muchedumbre de nada aprovechó en la batalla *«ca toda la pelea fué en los omes de armas.»*

Pocos lances tuvo el combate. Chocaron furiosamente las vanguardias; pero desamparada el ala izquierda de la hueste Enriqueña por haber vuelto grupas sin llegar á combatir la gente que acaudillaba Don Tello, y desbaratada sin gran resistencia, á lo que parece, el ala derecha mandada por el marqués de Villena y el maestro de Calatrava, se encontró envuelto desde el principio del combate el centro de la primera línea, única cosa que quedaba de ella. Rota y desbaratada cundió el desorden á la segunda, que se desbandó en espantosa confusión, siendo impotentes los esfuerzos de Don Enrique para detenerla. Montaron entonces á caballo los hombres de armas ingleses y gascones y tan fieramente cargaron sobre los contrarios y tal riza hicieron en sus ya desbaratadas haces, que miles de fugitivos, faltos de espacio para ponerse en salvo, se precipitaron al río Ebro, que corre por aquellos lugares, y perecieron ahogados en sus aguas.

No hay en esta batalla, como en la otra, ni defensa de posiciones, ni desproporción de fuerzas entre los combatientes; pero sí como en ella, dos caballerías que pelean como infantería y una de ambas que cabalga en cuanto vé á la otra desordenada, para acabar de deshacerla y perseguirla.

Extraño es que el general Almirante, tan enemigo de las palabras cuanto que por su influjo, como dice, «muchas cuestiones se ahogan en ellas durante siglos» se olvidara en su artículo *Dragones* de hechos tan notorios y conocidos como los anteriores cuando tan oportunamente hubiera podido darles allí cabida.

Resumiendo todo lo expuesto diré: que la infantería es indispensable, no solamente porque para defender posiciones están demás los caballos, sino por ofrecerse muchas veces operaciones de guerra en que la caballería no puede dar un paso.

Que la caballería es indispensable asimismo porque sin ella andan á ciegas los ejércitos y no pueden tampoco obtenerse victorias decisivas.

Que para la acometida es muy superior á la infantería, *siempre que las condiciones del terreno consientan su empleo*; de modo que pudiendo darse cargas de caballería no debe emplearse la infantería en ellas.

Que hasta en el combate defensivo es de grandísima utilidad la caballería en aquellos casos en que convenga tomar, aunque sea momentáneamente y como sistema de defensa, una actitud ofensiva.

Que puede sustituir á la infantería en todas sus funciones no más que con desmontarse, y con ventaja en muchas de ellas, permaneciendo á caballo; mientras que la infantería no puede sustituir á la caballería en ninguno de los oficios propios y exclusivos de esta última.

Por último y como consecuencia general; que un ejército compuesto absolutamente de dragones, fuera de las otras armas auxiliares, sería el *non plus ultra* de los ejércitos; pues se tendría en él infantería y caballería todo á una, pudiendo modificarse á cada momento y según conviniese, las proporciones relativas de una y otra arma, y porque poseería ese ejército una velocidad muy superior á la ordinaria del hombre á pié.

Si los ejércitos modernos no se componen en su totalidad de hombres montados no es porque no sea conveniente, sino por razones económicas y porque la costumbre generalmente establecida en las naciones europeas no lo hace necesario. La proporción en que deben entrar la infantería y la caballería en los ejércitos depende de las circunstancias en que haya de combatirse y de las condiciones del terreno en que se haga la guerra.



UDIERAN parecer muy atrevidas algunas de las conclusiones del anterior capítulo; especialmente la última; porque si fuera exacta ¿cómo dejarían de componerse absolutamente de dragones los ejércitos de esos estados de Europa que pretenden haber llegado á la perfección en asuntos de milicia?

Es que esa perfección es puramente relativa, no absoluta, como-pudieran creer aquellos que miran las cosas superficialmente.

Las constituciones militares están ligadas con multitud de otros hechos de índole social, política y económica. La guerra no es ciertamente un duelo en que se pongan de acuerdo los contendientes para colocarse en igualdad de condiciones y sin aquellas ventajas de uno cualquiera de ellos sobre el otro que pueden ser evitadas; pero hay en ella mucho más de convencional de lo que á primera vista parece. El empleo de

balas rojas y de balas explosivas de fusil; el valerse de ciertas tretas ó artimañas como la de disfrazarse con vestiduras ó usar de banderas enemigas para engañar á los contrarios; el acudir á procedimientos tales como envenenar los víveres ó las aguas que haya de utilizar el enemigo, como llegó á hacerse en nuestra guerra de la Independencia en algunos lugares de España por quienes no titubeaban en la elección de los medios para acabar con los usurpadores; poner minas que estallen después de rendidos por las tropas propias y ocupados por las enemigas los lugares y fortalezas, como diz que hicieron los franceses en Laon en su última guerra con los alemanes; tirar de todo propósito contra hospitales é iglesias, ó contra edificios cuya destrucción nada aproveche, y otros hechos de esa ó parecida indole, están proscritos; unos virtual y como tácitamente, otros por leyes y convenios internacionales. Cierito es que poco valor pueden tener leyes ni convenios en el terreno de la fuerza cuando tiène la mayor de su parte el que los vulnera; ni aún careciendo de fuerza incontrastable aquel de los contendientes que no se someta á tales limitaciones, habrá modo de obligarlo á la obediencia sino por la fuerza—que es la negación de tódo derecho—ó ni aún de esa manera, si al atropellar por todo logra equilibrar las fuerzas poniendo de su parte por tales medios las que le falten.

Así en la Edad Media, esa época de antinomias ó contradicciones, como la llama D. Francisco Pi y Margall, se admitía por una parte el derecho á la guerra privada que necesariamente habia de extenderse á los grandes estados, y se negaba por otra caracter de legalidad á todas aquellas que no fueran dirigidas contra infielés. La guerra de conquista de un estado cristiano contra otro era mirada, naturalmente, como un atropello del derecho de gentes; lo que no era óbice para que se acudiera á cada paso á las armas para apoderarse de lo ageno; bien que á las grandes conquistas que se verificaron ó que se intentaron en aquellos siglos, como la de Inglaterra por el duque de Normandía Guillermo el Bastardo, ó la

del reino de Aragón por el duque de Anyú, se daba carácter de legalidad con la nota de heregía que se arrojaba sobre los agredidos y la bula pontificia de cruzada de que se armaban los agresores:

En este punto de legalidad en las guerras y en los procedimientos de combate hubo siempre, y tiene que seguir necesariamente habiendo en lo futuro, grandísima complicación y no menor disparidad entre las palabras y los hechos, por la imposibilidad de establecer leyes en un terreno, como el de la fuerza, en que ella es la verdadera ley. La única, fuera de ésta, que ha podido intervenir en suavizar ó modificar en alguna manera los procedimientos de combate, es la costumbre, guiada á su vez por la religión, la filosofía, ó por ciertas ideas nacidas de ellas que han contribuido á dar á las sociedades europeas en ciertas épocas de su historia, carácter notablemente humanitario y caballeresco. También hay que reconocer que el capricho y la moda y, en no poca parte, la rutina, han contribuido á establecer y modificar la costumbre.

Pero difícil es señalar, ni aún en esas épocas á que acabo de aludir, la línea divisoria entre lo que era legal y lo que era ilegal ante la costumbre más ó menos tácitamente establecida. Realmente no existía tal línea divisoria ó era en todo caso muy vaga é indeterminada; encontrándonos á cada paso en la historia de aquellos tiempos, así como en los nuestros, hechos contradictorios que se rebelan contra todo intento de clasificación y de orden.

Como quiera que sea, el convenio tácito ó estipulado por tratados entre unas y otras naciones, mediante el cual se renuncie á un procedimiento de guerra, cualquiera que sea, no puede solamente basarse en el deseo de evitar crueldades y daños inútiles, sino que también ha de propender á establecer igualdad entre los contendientes. Pero muy lejos de conducir á ello tales convenios, son causa de que se originen nuevas desigualdades ó se acentúen las que ya existen entre unas y otras naciones en favor de las que poseen mayor población, más próspero comercio é industria y más dinero de

consiguiente. Renuncian así los estados pobres y de corto territorio al empleo de medios de combate de que podrían aprovecharse ellos con mucho mayor fruto que los ricos y poderosos, y dejan á estos en el libre uso de ciertos elementos de guerra costosísimos que su misma penuria pone fuera del alcance de aquellos primeros.

Que renuncie un estado pequeño y de escasos recursos al corso, al empleo de explosivos, á valerse de cuantos medios de guerra le sugiera la apremiante necesidad de defender su derecho mientras que no renuncien también los otros estados á los blindages y á los ejércitos de millones de hombres, es lisa y llanamente atarse voluntariamente las manos y poner el cuello al cuchillo.

Pero aún sin invadir el terreno de los convenios que la blandura de costumbres de los tiempos modernos han establecido tácita ó expresamente, queda todavía muchísimo que andar á las naciones de pobres recursos en ese otro terreno, absolutamente libre, de organización de la fuerza armada, para contrarrestar muy notablemente las ventajas que sobre ellas tienen las grandes naciones por su población y su riqueza. Y mucho más, cuando esos dos poderosos resortes de prosperidad y de civilización atlojan siempre en los hombres, aquellos otros que los mueven á la lucha.

Si se cree que solo del número de hombres y no de la calidad de ellos depende el éxito en las guerras, renuncien por siempre las naciones de territorio relativamente corto y cuya población no podrá pasar nunca de límites reducidos y modestos en comparación de los grandes estados, á jugar en el mundo otro papel que el de satélites; ni á vivir en él sino de limosna. Pero si, como yo pienso, queda muchísimo que andar en punto á instituciones militares para que pueda decirse que se haya llegado á la meta, y está en gran manera cerrado el camino de alcanzarla á esos grandes pueblos, cuya prosperidad, penetrando desde las más altas clases sociales á las más profundas, las ha privado á todas ellas del temple rudo y vigoroso que exige la práctica de la guerra, entonces

levanten alta la frente muchos pueblos sujetos hoy al yugo extranjero ó á arrastrar una vida precaria, y á quien quizás depare mañana ocasión la fortuna de imponer la dura ley del hierro á muchos otros que tienen puesta su esperanza en que esté siempre la fuerza del lado de la riqueza. Pero guárdense aquellos pueblos de aceptar la lucha en el terreno en que la tienen planteada los últimos, imitándolos en sus instituciones, pues descansando éstas en la riqueza y en el número, claro es que habrán de quedarse siempre por debajo de ellos. Busquen, pues, esos pueblos la fuerza donde realmente se encuentran: en la calidad y no en la cantidad de los combatientes y encaminen sus gobiernos sus actos todos á templar los ánimos y los cuerpos para la guerra; que para eso no hace falta dinero, antes perjudica.

En la perfección de los ejércitos modernos, hay mucho de relativo y convencional. ¿Puede dudar nadie de que serían muchos mejores soldados los que estuviesen ocho ó diez años en las filas, que los que solo permanezcan tres ó cuatro en ellas? Sin embargo, el tiempo de servicio militar, tiende constantemente á abreviarse, subordinándose en eso más que á ideas de verdadera utilidad desde el punto de vista militar, á consideraciones sociales y políticas. Los mismos principios de gobierno que han conducido á las naciones á la representación parlamentaria, al sufragio, y á la igualdad social, han impuesto la necesidad de una organización militar en que la cantidad, el número, predominan sobre la calidad.

Dentro de un sistema general positivamente malo, puede haber y hay mejor y peor. Los alemanes han llegado á lo mejor dentro del sistema defectuosísimo que hoy prevalece; pero incuestionablemente dentro de otros sistemas más perfectos, podría llegarse á constituir ejércitos muy superiores al que hoy tiene Alemania. Para mí no tengo duda en que el ejército alemán de nuestros días está por bajo del de Federico II, así como á su vez lo estaba éste de los de Felipe II y Carlos V.

Tal es la influencia de las palabras—dice el general Almi-

rante—«que los hechos se ahogan en ellas durante siglos.» Tal es la influencia de los hechos menudos y secundarios, de las palabras, de las fórmulas—digo yo á mi vez—que los hechos grandes, los principales, desaparecen abrumados por ellos, como se pierde una perla en un estercolero.

El arte de la guerra, en lo alto de ella, está ahogado por las palabras y sus definiciones; en lo bajo por vanas fórmulas, apariencias y hechos menudos que solo se establecieron como accesorios, como medios conducentes á los hechos definitivos, y que apreciados como si fueran definitivos por la inmensa muchedumbre de gente vulgar que solo vive y respira en la baja atmósfera de los medios, pero que se ahoga en la región elevada de los fines, han acabado por sustituirse en la general opinión á estos últimos.

Un ejército no es sino una máquina de hacer la guerra, y á ese fin deben propender todos sus elementos, ya individuales, ya colectivos. Principalísimo es, pues, que cada hombre de los que lo componen sea un perfecto instrumento de combate por su habilidad y su esfuerzo.

Quien pretenda labrar un edificio, buscará ciertamente carpinteros, albañiles, canteros, éscultores y demás artífices que sean conocedores y prácticos en sus respectivos oficios; no es probable que se le ocurra echar mano de cuantos hombres se encuentre de tal ó cual edad y estatura. Y caso de hacerlo así, tendrá de precisión que empezar por enseñarles el oficio á que quiera aplicarlos: al albañil á valerse del palustre, la llana y la plomada; al carpintero, de la sierra, la azuéla y garlopa, y así con los demás.

Poco le importará, con tal de que cada uno de esos obreros sepa hacer el debido uso de sus herramientas, que haga además con ellas elegantes maniobras, pero sin aplicación al uso á que están aquéllas destinadas.

En los ejércitos, tal como están hoy constituidos, se sigue muy contrario procedimiento. Como si todos los hombres fuesen aptos para tan complicado, dificultoso y áspero oficio como lo es el de las armas, se coje á granel, sin siquiera exa-

minar las aptitudes de cada uno, á cuantos cumplieron tal ó cual edad, creyendo tener hombres perfectamente adecuados para combatir, cuando se encuentran instruidos en multitud de puerilidades que fueron introducidas de tiempo atrás y poco á poco en la milicia; unas como medios para alcanzar objetos de positiva aplicación á la guerra, otras muchísimas con otros fines completamente ajenos á ella ó como accesorios de puro aparato.

Manejar el arma se llama, no á servirse de ella como instrumento de muerte, sino á hacer con ella en la mano movimientos y figuras que á nada conducen; ser buen soldado á practicar multitud de fórmulas no menos inútiles, á presentarse con un porte irreprochable y á desempeñar diversidad de oficios mecánicos que no solo nada tienen de belicosos, sino que tienden moral y materialmente á extirpar del hombre los gérmenes guerreros que pueda poseer innatos.

Sin uniformes—cosa muy moderna y á que se atribuye gran importancia—sin paso acompasado, sin cuarteles—cosa también moderna y sin la cual hay quien no concibe la milicia—sin esas evoluciones más propias de bailarines que de hombres de guerra, en cuyo perfecto desempeño hacen consistir muchos el mérito de los batallones y de sus jefes, sin ninguna de esas figuras de pura visualidad que se practican con los sables, lanzas y fusiles, se conquistaron naciones y se ganaron batallas en tiempos harto más guerreros y belicosos que los presentes. No es que yo diga que sobren todas esas cosas—aunque de algunas de ellas desde luego lo afirmo—pero sí que podrían cambiarse todas ellas con gran ventaja por una cualquiera, aunque no fuera más que una sola, de las que tienen aplicación positiva á la guerra.

Los reyes de los siglos pasados buscaban los hombres de guerra donde quiera que los hubiese y los pagaban conforme á su mérito. ¡Y á qué precio! El duque de Borgoña Felipe de Valúa, cuando su expedición á Guiena en 1372, se obligó á pagar de sueldo diario dos francos de oro á cada caballero de bandera (*chevalier banneret*), un franco á cada caballero no-

vel (*chevalier bachelier*), medio franco á cada escudero y un tercio de franco á cada ballestero ó arquero. Agrega Barante, de cuya *Historia de los duques de Borgoña* tomo estos datos, que el salario anual de un gañán de arado en ese mismo tiempo, era de siete francos de oro, consumiendo de trigo por valor de cuatro francos. En pocas palabras: que el combatiente de última fila—que tal categoría tenía entonces el arquero ó ballestero—cobraba diez y siete veces lo que el jornalero de campo; y que el combatiente de la más alta gerarquía ó caballero de bandera—sin equivalente ninguno en la milicia moderna por su organización radicalmente distinta de la de entonces—ciento tres veces la misma cantidad. Y no se crea que se encontraría hoy mismo mucho más barato quien se prestase á poner á riesgo su pellejo por lo que no le vá ni le viene.

No tenían escrúpulos los soberanos en esos tiempos en acudir en busca de combatientes hasta fuera de sus dominios. Los suizos, que gozaban fama—y muy bien ganada—de esforzados, valientes y aptos para la guerra, se cotizaban á muy altos precios en el mercado; y varios otros pueblos como los vizcainos, los gascones y los alemanes, especulaban también en el oficio de pelear por quien mejor los pagase, sin empacho ninguno en ello sino antes teniéndolo á mucha honra.

No era llano poner una pica en Flandes; pero eso sí, la pica que allí se ponía era una pica. Hoy se pondrían en un momento cien mil bayonetas; pero ya podría darse por muy satisfecho quien las pusiese, de que valieran cada cien de ellas lo que una sola de las picas de antaño.

Con quinientos ó seiscientos hombres sacados de cualquiera de los ejércitos europeos del día, ni se sueña en que pudieran hacerse conquistas como la de Méjico ó el Perú; máxime no disponiéndose sino de ballestas, espadas y picas, como los autores de esas memorables empresas. (*) Y ahí te.

(*) Aunque suele decirse que los españoles conquistadores de Indias iban armados de armas de fuego y que á ello

nemos, sino, en prueba de ello las guerras de los modernos estados de Europa, con poderosísimos elementos de combate, contra pueblos salvajes africanos, mucho menos temibles, mirese como se quiera, que los aztecas y los incas.

Hasta el siglo XVI había sido la caballería el nervio de los ejércitos; pero de allí en adelante fué ella cayendo en descrédito y prevaleció la opinión de que la infantería era el arma más principal é importante, quedando aquella otra relegada á jugar papel secundario en las guerras.

A dos causas hay que atribuir esa mudanza en los pareceres y la que trajo ella como consecuencia en la constitución de los ejércitos. La primera y con mucho la más importante de ambas fué la influencia de la moda; que así creo que debe calificarse ese movimiento general ocurrido en los últimos años del período histórico llamado Edad Media, y que con el nombre de *Renacimiento*, tan poderosa acción ejerció en todas las manifestaciones morales y materiales de la actividad humana. El *Renacimiento* á su vez tuvo por causa motora y generadora una invención cuya transcendencia no será nunca lo bastante comprendida: la imprenta. El divulgarse, merced á ella, las obras de la antigüedad pagana cuyo conocimiento, había estado hasta entonces limitado á contadísimas perso-

debieron en mucha parte el buen éxito de sus empresas, no es enteramente exacto; pues séase por la dificultad que encontraban para proveerse de pólvora, séase por estar todavía en el tiempo de las conquistas muy poco extendido el uso de las armas de fuego portátiles, es el hecho que llevaron tan corto número de ellas los conquistadores de Méjico y del Perú—y lo mismo los de las otras regiones americanas—que no merecen ser tenidas en cuenta. En el alarde que hizo Hernán Cortés de la gente que llevaba para la conquista de Méjico halló por todos quinientos ocho «sin maestros é pilotos é marineros que serían ciento y nueve y diez y seis caballos é yeguas... y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros... *Bernal Díaz del Castillo Conquista de Nueva España* Cap. XXVI. Francisco Pizarro llevó á la conquista del Perú sesenta y dos de á caballo y ciento dos de á pié «tres de ellos escopeteros» y veinte ballesteros. *Francisco de Jerez. Conquista del Perú*. ¡Ciento sesenta y cuatro hombres con tres escopetas para conquistar un imperio!

nas, produjo tal sacudida en los ánimos y los entendimientos, fué tan deslumbrador el espectáculo de la sociedad antigua con todas sus sublimidades y grandezas que á los ojos atónitos de nuestros padres presentaron aquellos libros, que el deseo de restaurar las antiguas sociedades, las antiguas instituciones, las antiguas artes y ciencias, se manifestó impetuoso y avasallador en todo el Occidente de Europa. Filosofía, política, artes, ciencias leyes, literatura, cuantas manifestaciones externas tiene el espíritu humano, experimentaron la influencia de aquella asombrosa y nunca vista revolución moral. Solo la divinidad de su origen pudo preservar á la Religión de verse sumergida por aquella furiosa oleada de paganismo; pues Papa hubo—ó tal parece—á quien no faltaron ganas de restablecer el culto de los dioses de Grecia y de Roma.

¿Y cómo había de escapar el arte bélica de experimentar profundas modificaciones cuando ni la misma política á pesar de los intereses materiales que lleva ligados consigo no pudo sustraerse al influjo de las nuevas ideas? La muerte del feudalismo, la sumisión de todos los poderes del Estado á la autoridad real, fué consecuencia del Renacimiento; la nueva constitución de los ejércitos y el predominio en ellos de la infantería lo fué asimismo. Ambos hechos obedecieron á la tendencia á restaurar el antiguo Imperio Romano y las antiguas legiones imperiales; y ambos también tenían gran encadenamiento y estrecha relación con otros varios tocantes al nuevo régimen que fué implantándose en las sociedades europeas.

La mayor autoridad que adquirieron en ellas los reyes hizo nacer la necesidad de crear ejércitos, enteramente á su devoción, que le sirvieran de sosten y apoyo; ejércitos de aventureros asalariados, no siempre súbditos naturales del monarca que les pagaba; pero aventureros peritísimos en el oficio de las armas, á cuyo estudio y profesión dedicaban toda su vida y todas sus facultades. Esos ejércitos vinieron á sustituir á aquellos otros de tiempo anterior, constituidos por

toda una clase social que defendía por sus propias manos las instituciones de que era ella firme columna y de que ella misma, naturalmente, más que ningún otro de los organismos del estado, se aprovechaba, y que distaban tanto más de ser base y cimiento del trono cuanto que eran el principal obstáculo con que tropezaba este para su engrandecimiento.

Esa clase social, numerosísima entonces, gozaba en gran parte de la soberanía, no solo por la que muchos de sus miembros ejercían directamente en sus propios dominios, sino por la intervención que todos ellos tenían en los asuntos generales del estado formando, ora por representación de los más altos, como en Portugal, Castilla, Francia é Inglaterra, ora por la asistencia directa y personal de todos sin excepción alguna, como en Aragón, Cataluña y Polonia, una de las cámaras ó brazos de las córtes: el llamado entre nosotros *brazo militar*. Júzguese, pues, cuán enorme no habría de ser el poder de una clase que á tales prerrogativas reunía la de constituir por sí misma el ejército de la nación, el *estado de los defensores*, como la llaman D. Juan Manuel en su *Libro de los Estados* y Gutierre Díaz de Games en su *Crónica de Pero Niño*.

En los nuevos ejércitos que siguieron á éstos—en los ejércitos reales, que no quiero caer en la vulgaridad de llamarlos *permanentes* por razones que diré muy luego—predominó el combatiente de á pié, como en los antiguos ejércitos—los feudales—había predominado el de á caballo; no solamente por no componerse aquéllos primeros, como éstos últimos, de personas que tenían los bastantes recursos para andar de ordinario á caballo, sino también por haber nacido y desarrolládose bajo la influencia del Renacimiento, que al volver á lo griego y lo romano, restituyó á la infantería el papel principal que había desempeñado en las milicias de esas antiguas naciones. Pasó con el arte militar—y perdóneseme la trivialidad de la comparación, que después de todo no es tan trivial como parece, pues las cosas son grandes ó pequeñas según se las mire—lo que con las lidias de toros, que eran á caballo cuando pertenecían los lidiadores á la clase de caballeros, y

vinieron á ser á pié cuando bajaron de categoría los que tomaban parte en ellas.

No he querido calificar á los ejércitos reales de *permanentes* para distinguirlos de los feudales, que los precedieron en el orden del tiempo, sencillamente porque eran en realidad mucho menos permanentes que éstos últimos. ¿Cómo ha podido ocurrirse á nadie considerar como más permanente, ó estable, lo que se organiza expresamente para un objeto determinado y cesa de existir en cuanto desaparece ese objeto, como sucedía con los ejércitos reales de los siglos XVI y XVII, que lo que se encuentra organizado con carácter perenne y definitivo, como lo estaban los *brazos militares* de las naciones de la Edad Media? Ni aún los ejércitos de nuestros días, que se encuentran constantemente organizados, haya ó no guerra, son más permanentes que los constituidos por toda una clase social que no tenía otra ocupación ni otro pensamiento que el combate ó que prepararse á él en constantes ejercicios de fuerza y de destreza.

Lo que sí sucede—y véase la influencia de las palabras en las ideas—es que se confunden las acepciones de *hueste*, ó conjunto de hombres dispuestos para emprender una operación de guerra, y de *milicia*, ó conjunto de hombres dispuestos á formar hueste cuando se les llame ó convoque á ello; por haber desaparecido casi de nuestro idioma aquella primera palabra con perjuicio de la claridad del discurso. Lo mismo se dice hoy *ejército* á una reunión de batallones ó brigadas listos para operar contra el enemigo, que á una reunión de varios ejércitos pequeños, que á la *milicia* ó sociedad de hombres que han de constituir esos ejércitos. De la confusión en las palabras viene la confusión en las cosas que representan.

Pero aunque tenga ventaja en el combate—volviendo á nuestro asunto—el hombre á pié sobre el de á caballo, no ha de mirarse como progreso el predominio del primero en los ejércitos sino en tanto que la medida no se generalice; pues desde el momento de participar todos los ejércitos de la misma organización habrán desaparecido todas las ventajas de ir

á pié para no quedar de ello sino las contras—que lo son ciertamente respecto de ir á caballo—de la menor movilidad y mayores molestias.

En los tiempos feudales se combatía á caballo porque la calidad y costumbres de los combatientes, pertenecientes todos ellos á clases ilustres y acomodadas de la sociedad, así lo exigía, sin que hubiere en ello mal alguno por seguirse la misma costumbre en todas las naciones; como tampoco lo habría hoy para la nación que renunciase á los barcos blindados si todas las demás se conviniesen en desterrarlos de sus escuadras.

El posterior predominio de la infantería en los ejércitos ha de atribuirse, no solo al prurito de imitar lo antiguo, sino también, en gran manera, á lo que progresivamente fué bajando, por efecto del nuevo régimen, el nivel social del combatiente de filas. Pero tampoco se ganó nada con la nueva organización, por haberse ido implantando casi simultáneamente, y por efecto de las mismas causas, en todos los pueblos europeos, que quedaron así en idénticas condiciones para combatir, ó sin otras diferencias entre ellos que las que dentro de un mismo sistema orgánico puede haber entre unos y otros ejércitos.

Varias pruebas pueden ser aducidas de no ser ignorancia que hubiera de las ventajas de la infantería sobre la caballería en el combate, sino obediencia á la general costumbre de andar y pelear á caballo, lo que motivó la preferencia que tuvo la caballería sobre la infantería en la Edad Media. Tenemos una de ellas en las siguientes palabras de un documento catalán del siglo XIII:

«La experiencia, que es maestra de todas las cosas, demuestra claramente que ni el rey ni su gente deben seguir la costumbre de sus predecesores en cosas de guerra; porque éstos se armaban y combatían á caballo, mientras que vemos hoy que los hombres de armas que pelean á pié vencen en las batallas á los que pelean á caballo....» (*)

(*) Experiencia qui es maestra de totes coses clarament demostra quel senyor rey ne les sues gents no deven seguir

No era, pues, ignorancia de las ventajas de pelear á pié lo que dió á la caballería predominio en la milicia de la Edad Media, sino la costumbre general de andar á caballo que tenían los sujetos que formaban esa milicia. Las ideas de honor y de caballería, que fueron poco á poco difundiendo en ese mismo tiempo, al impulso de diversas causas cuyo examen me apartaría demasiado de mi objeto y al que renuncio de consiguiente, dieron muy frecuentemente á las guerras caracteres análogos al del duelo ó combate concertado, buscándose como en este, igualdad de armas, igualdad de número y hasta, de común acuerdo, algunas veces, terreno llano donde pudiera moverse libremente la caballería y se igualaran, en lo posible, las demás condiciones de la lucha.

Pero esto de convertir la guerra en duelo, no llegó nunca enteramente á adquirir carácter definitivo y estable, aunque hubo fuertes tendencias á dárselo; tanto pugna con la misma naturaleza de las cosas que se someta el más fuerte, sin presión material que lo compela á ello, á renunciar á las ventajas de serlo. Así el príncipe Eduardo de Gales—en el período álgido de la cortesía y del honor caballerescos—al ser emplazado por el rey de Francia Carlos V, cuyo vasallo era, ante el Parlamento de Paris para que se sincerase de los cargos que sobre él pesaban con motivo de las arbitrarias gabelas que impusiera en Gasuña, contestó que se presentaría á dar sus descargos ante el dicho tribunal, al frente de sesenta mil lanzas; respuesta idéntica en el fondo, á la célebre que dió el jefe galo Breno á los romanos, cuando se le quejaron éstos de la falsedad de los pesos que hizo poner en la balanza.

Desde el punto de vista militar, como desde muchos otros, ha sido tan desconocida como calumniada esa prolongada época que se llama Edad Media. Siendo difícilísimo el estudio

les vestigies de lurs predecesors en los fets de les armes car ells se armaven et combatien a cavall e ara veu hom que homens quis armen a la guisa et combaten a peu venen les batalles als homens a cavall....» Cita de un documento del archivo de la corona de Aragón que hace Lafuente en el capítulo XVI del libro II de la 2.^a parte de su *Historia de España*.

de ella por la extraordinaria variedad y embrollo de las cosas y los acontecimientos, se la ha supuesto, durante mucho tiempo, envuelta en una oscuridad que estaba mucho más en los ojos del que la miraba que en ella misma.

Sujetos diligentes y estudiosos en este nuestro siglo, han trabajado por esclarecerla y han conseguido despertar la atención sobre ellas; pero ha de pasar mucho tiempo todavía antes de que se obtenga sazonado fruto de los estudios emprendidos. Harto se ha logrado ya con sacar á las instituciones y á las artes y ciencias, de aquella edad, del desdeñoso olvido en que, las sumió el Renacimiento.

No es posible ya hoy, después de los estudios de Violet le Duc sobre la arquitectura llamada gótica, prescindir de ella en las obras técnicas de ese arte, ni dejar de reconocer la profunda sabiduría que presidió en la construcción de los edificios de ese estilo, cuya estabilidad exige admirable ponderación y equilibrio de los empujes que tienden á destruirla, y que tan perfectamente responden, por el sentimiento que despiertan en el ánimo de quien los contempla, á la idea que inspiró su construcción. En las demás artes útiles á la vida, en comercio, en navegación, en industria, se deja ya conocer, muy á las claras, que no era la Edad Media esa época de tinieblas, atraso y barbarie que hasta poco hace se ha supuesto; en instituciones sociales y políticas, que las de ese tiempo—y de las cuales, no obstante el Renacimiento, se derivan las nuestras—eran resultado de laboriosísima gestación, perfectamente acomodada en todo su desarrollo á las necesidades que se iban experimentando y que respondían á éstas harto mejor que responden las que hoy tenemos á las necesidades del tiempo presente.

En esa labor de investigación respecto de las cosas de la Edad Media que se practica en nuestro siglo, ha quedado por completo rezagada el arte de la guerra. Siguese todavía en los tratados de ella dando un prodigioso salto de quince siglos, desde el de Julio César hasta los principios del XVI, como si hubiera pasado en claro tan considerable período, y como si

no fuera él el más belicoso y guerrero de la historia de los pueblos de Europa.

Dar por supuesto que en tan prolongado lapso de tiempo ocupado todo él en continuas guerras de reyes, repúblicas, magnates, villas y ciudades y hasta personas particulares los unos contra los otros; en que era la guerra estado habitual y permanente, al punto de haberse considerado necesario el establecimiento de la llamada *tregua de Dios*, para poner alguna á aquel estado de hostilidad continua; suponer, repito, que no se sabía entonces guerrear, es de lo más peregrino que puede ocurrirse. ¿De dónde, sino del seno de esa época, salieron aquellos esforzados guerreros que, traspuestos los mares, sometieron por la espada á pueblos poderosos é indómitos? ¿Había ya, acaso, escrito Maquiavelo su *Arte de la Guerra*, ni había tampoco introducido Gonzalo de Ayora en nuestra milicia el paso acompasado al son de los pífanos, que tanto daba que reír á las gentes, según testimonio de Gonzalo de Oviedo, cuando llevaba á efecto el inclito Gran Capitán sus campañas de Italia?

Lo que sí puede decirse, hablando generalmente, es que las guerras de la Edad Media no se hicieron tan en grande como en los tiempos modernos. Eran las de entonces guerras al por menor, al menudeo, por decirlo así; porque la guerra como la política, estaba entonces más descentralizada que al presente.

A las grandes naciones de nuestro tiempo, grandes guerras de tarde en tarde; á las innumerables entidades soberanas ó casi soberanas en que el regimen feudal y municipal tenía divididos los territorios, guerras menudas y continuas.

Si, pues, en mover grandes ejércitos y operar con ellos, podía ser poco práctica aquella edad, en cabalgadas, en operaciones de guerrilla ó *guerra guerreada*, como entonces entre nosotros se decía, y en aptitudes individuales para el combate, tenía gran superioridad á la nuestra.

No se peleaba, pues, á caballo en la Edad Media—repito una vez más—porque se desconociese que había multitud de

trances en toda guerra en que se estaba en mejores condiciones á pié que á caballo para combatir, sino porque todos los hombres de guerra, así propios como extraños, iban á caballo y porque para las marchas y otras muchas operaciones—estoy por decir que las más de ellas—lleva grandísimas ventajas el que vá montado sobre el de á pié. Así y todo se sabía perfectamente pelear á pié, y así se hacía cuando llegaba el caso como se ha visto. Lo que nunca pudo ocurrírsele á nadie—creo yo—es dejar las cabalgaduras para perseguir fugitivos.

Aunque el enemigo con quien se esté en guerra carezca absolutamente de tropas á caballo, el tenerlas ya se ha visto que es indispensable, porque sin ellas ni hay modo de emprender persecuciones, ni de esclarecerse en las marchas, ni de verificar muchas otras empresas cuya necesidad muy frecuentemente se impone. Tenga, pues, ó no tenga caballería el ejército enemigo, hay una cierta cantidad de tropas á caballo con relación á las de á pié, que deben entrar en la composición del propio si está bien constituido. Las siguientes palabras del gran capitán de nuestro siglo, aluden á esa importantísima cuestión:

«Las proporciones en que deben entrar las tres armas han sido en todo tiempo objeto de las meditaciones de los grandes capitanes. Conviénese hoy en que se necesita de cuatro piezas por cada mil hombres, lo que equivale para el personal de artillería á la octava parte de la fuerza total del ejército. En lo que toca á la caballería, su número debe ser la cuarta parte de la infantería.»

Esto dice Napoleón I; pero no obstante el breve tiempo que de él nos separa, han cambiado tanto durante su trascurso los procedimientos de la guerra, por efecto de diversas causas muy notorias, que la proporción, así de artillería como de caballería, resulta escasa para los ejércitos de nuestros días. Son hoy más delgadas que á principios del siglo las líneas de batalla, para presentar menor fondo á los tiros del contrario; los ataques más difíciles, por el nutrido, certero fuego y considerable alcance de las nuevas armas; las distan-

cias dentro del campo de batalla, enormes, tanto en sentido de la longitud como de la profundidad de las líneas de combate; la necesidad de atrincherarse y la consiguiente de emplear gran cantidad de artillería para batir las trincheras y preparar los ataques, imperiosísimas; el campo para las exploraciones de la caballería, muy dilatado. Bien puede asegurarse, pues, que los ejércitos que no tengan hoy mayor proporción de artillería que la tradicional de cuatro piezas por cada mil hombres, ni de caballería, que la cuarta parte de la infantería que Napoleón establece, están muy pobremente dotados de esas armas, y á economía, ya que no en gran parte á rutina, habrá de atribuírse. Bien que solo á economía ó á rutina, ó á ambas causas á la par, puede obedecer que haya ni un solo hombre á pié en los ejércitos; sabido que los caballos darían á la infantería condiciones de que hoy carece, sin perjuicio de las que le son necesarias. El cuidado de los caballos sería, en todo caso, muy pequeña molestia, y harto tolerable en comparación de las ventajas que reportaría su empleo.

VI

Las proporciones de las tres armas en la constitución de los ejércitos no son las mismas en todos los casos, pues dependen del terreno, del clima, de la composición del ejército enemigo y de otras circunstancias; pero de ningún modo conviene que las tropas contrarias tengan mayor velocidad que las propias.



IN embargo de lo dicho en el anterior capítulo sobre las proporciones de las armas en la composición de los ejércitos, debe tenerse muy en cuenta que han de influir en gran manera en ellas el género de guerra que se haga, la clase de terreno en que se opere, el linaje de enemigos con quien se combata. Así en tierras muy escabrosas y de difíciles caminos y donde haya, además, de consistir la guerra en tomar ó defender posiciones, habrá de prescindirse de la caballería, aún renunciando á persecuciones, que de todos modos no sería fácil llevar á la práctica, y á exploraciones y reconocimientos, que en tal clase de guerra tampoco serian de muy frecuente aplicación. Los servicios de seguridad en las marchas y campamentos, indispensables siempre, pero más que nunca en las guerras de montaña por las dificultades y peligros de los pasos, habrían de hacerse con infantería.

Pero si se hiciese la guerra en comarcas muy llanas, despobladas, y donde hubiese que combatir contra pueblos

nómadas, sin otros bienes que los ganados que llevasen consigo y cuya táctica de guerra consistiese en fatigar al adversario con largas marchas, en molestarle con emboscadas, sorpresas, ataques imprevistos á sus destacamentos, agresiones contra sus líneas de comunicación y de retirada, y en huir de él cuando no tuviese la seguridad de vencerlo, según la costumbre de los árabes, tártaros y otros tales pueblos, en tal género de guerra sería del todo inútil la infantería.

Requiere y presupone el empleo de este arma, posiciones, trincheras ó lugares fortificados que defender ó tomar; enemigo mejor ó peor organizado y más ó menos sólido enfrente, dispuesto á conservar su tierra, sus ciudades, sus parques, sus comunicaciones, ó á apoderarse á viva fuerza de las ajenas. Pero donde no posea el enemigo un palmo de tierra ni le interese poseerlo, ni tenga otra cosa que guardar que sus personas ó lo que lleve sobre sí, ni le mueva interés ninguno á reñir batallas, antes lo tenga muy grande en evitarlas, por ir ganando muy poco en ellas en relación con lo que arriesga, entonces digo que de nada absolutamente sirve la infantería y mucho menos si los contrarios son todos de á caballo.

Debo agregar que tal género de guerras desconciertan los mejor meditados planes militares, y que ellas han sido la desesperación de los más famosos conquistadores y nó pocas veces el escollo en que se ha estrellado su buena fortuna.

El arte de la guerra se funda, en efecto, en la necesidad para el enemigo de defender sus campos y poblaciones si es invadido, ó de apoderarse de los ajenos si es invasor, y en la no menos precisa y obligada para los ejércitos, de transitar por caminos, desfiladeros, puentes y demás pasos forzados, so pena de que sean extremadamente lentas y difíciles sus marchas, y de que se les hagan problemáticas las subsistencias; peligro este de tan graves consecuencias para cualquier ejército, como el de la pérdida de una gran batalla. Pero donde no haya caminos, ni puentes, ni ciudades, ni tierras labradas, ni pasos forzados, sino solamente inmensas llanuras igualmente transitables por cualquiera rumbo que se tome, ¿qué

planes de guerra caben? ¿Qué puede conquistarse en semejantes territorios? ¿Ni cómo puede destruirse á un enemigo que encuentra francos todos los caminos para hurtarse á los golpes de su adversario, y cuya táctica consiste en no combatir sino cuando tenga seguridad de ganar, y en molestar al invasor con toda suerte de tretas y artimañas? Por eso han sido siempre inconquistables tales comarcas; pues lo único que habría que conquistar en ellas serian los mismos habitantes. Suelen constituir grandes regiones geográficas; muchas veces bajo el dominio de tal ó cual soberano, pero solo de nombre, no de hecho; no habiendo modo de compeler á la obediencia de obligación alguna á sus nómadas y trashumantes moradores, ni de hacer de consiguiente efectiva la soberanía.

Las conquistas intentadas contra tales pueblos, ó contra los que, por encontrarse en condiciones análogas á las suyas, han podido poner en práctica su mismo sistema de defensa, han resultado siempre irrealizables y no pocas veces desastrosas. Varias, muy famosas, registra la historia en sus anales.

De ellas citaré la expedición de Ciro contra los masagetas, que acabó por la muerte de ese célebre rey de Persia; la de Dario, también rey de Persia; contra los escitas; y, la todavía muy reciente, de Napoleón I contra los rusos; siendo notable la semejanza que hay entre las dos últimas.

La de Dario contra los escitas la relata Herodoto en el libro cuarto de su historia.

Habiendo los escitas adoptado por sistema el retirarse constantemente ante Dario sin oponerse á su avance, y habiéndolo llevado ya de esa manera hasta muy adentro de su tierra, sin reñir con él un solo combate, se decidió el monarca persa, cansado ya de tantas y tan inútiles marchas, á enviar un mensaje al rey de los escitas Idantirso, retándolo á batalla ó pidiéndole, de no aceptarla, que se le reconociera por vasallo.

«Sábeta, persa—le contestó Idantirso—que mi proceder no tiene la causa que supones. Jamás hui de hombre nacido ni huyo ahora de tí por miedo; ni hago cosa nueva que no

acostumbre haer de la misma manera en tiempo de paz. No te presento batalla porque no tengo ciudades ni campos cultivados cuya defensa me obligue á venir á las manos contigo... En cuanto á señores, no reconozco otros que Júpiter, de quien desciendo, y Vesta, reina de los escitas... Para responder á la arrogancia con que te llamas mi soberano, te digo á fuer de buen escita, que te vayas noramala con tu soberanía.» (*)

Los persas, después de avanzar algunas jornadas más adelante, tuvieron que emprender la retirada á duras penas, acosados por los escitas, y con gran peligro de que les cortaran éstos el puente que habían echado sobre el Danubio; como lo hubieran hecho á no ser por la fidelidad de los auxiliares jonios que lo custodiaban, los cuales se dieron maña para engañar á los escitas que acudieron á destruirlo mucho antes de que llegaran á él los persas.

Sobre la expedición de Napoleon I á Rusia poco he de decir, porque está en la memoria de todos. Fuéronse retirando delante de él los rusos, después de la batalla de Smolensko, hacia lo interior del territorio, arrasándolo todo á su paso, como lo hicieran los escitas con Darío. El pensamiento que en un principio tuvieron de defender á Moscou, los indujo á hacer frente á Napoleón en Borodino; pero decididos, en vista del mal éxito de la batalla, á no abandonar el sistema de constante retirada que hasta entonces pusieran en práctica, se alejaron del lugar del combate, muy poco quebrantados, pues su entereza los libró de desordenarse, sin dejar prisioneros en poder de los franceses, é incendiaron la ciudad luego de ocupada por éstos.

Cerrado para el ejército francés el camino de seguir adelante por lo avanzado de la estación, y sin la posibilidad de invernar en Moscou por la destrucción de la ciudad y por la falta de elementos para permanecer en ella, tuvo que emprender la célebre y desastrosa retirada en que quedó por completo deshecho.

(*) Herodoto. Libro IV, Párrafo CXXVII y CXXVIII.

Con un ejército compuesto absolutamente de caballería dispuesta á combatir á pie cuando fuera preciso, ó de infantería montada y propia para hacer papel de caballería, de dragones en una palabra, á más de la conveniente proporción de artillería lijera, no habría sido la campaña de Rusia desastrosa para los franceses; porque ni habría tenido en su mano el ejército ruso pelear ó no según le conviniera, obligado como se hubiera visto á hacerlo, en condiciones siempre desfavorables para él, mucho antes de llegar á las inmediaciones de Moscou, ni habría sorprendido á aquellos tan inoportunamente el invierno. Cierto es que llevaban en su ejército mucha y muy buena caballería; pero nunca la bastante para que pudiera Napoleón lanzarla sola contra el sólido ejército ruso á quien seguía los pasos; ni estaba tampoco preparada toda esa caballería para combatir como infantería, como hubiera tenido que estarlo si había de empeñarse en combate con el ejército de Kutusou.

Contra tropas que rehusan combatir—y rehusarán siempre aquellas á quien no les convenga hacerlo—no hay otro recurso que disponer de tal manera los movimientos de las tropas propias, que al mismo tiempo que una parte de éstas sigan su marcha directamente tras de aquellas primeras, avancen otras por los costados hasta situárseles á su misma altura, mientras que el resto del ejército se les adelante y revuelva después para atravesárseles en su camino; operaciones estas cuya expresión se condensa en la palabra envolver y cuya práctica, por haber de verificarse haciendo recorrer á las tropas líneas curvas mucho más largas que las que tiene que andar el enemigo en su retirada, exigen jornadas mayores que las que él haga y grandísima cautela para evitar que las diversas porciones en que se ha dividido el ejército para verificar la evolución, sean destruidas aislada y sucesivamente por el ejército contrario que pueda caer todo entero sobre ellas.

La operación de envolver un ejército á otro es, pues, de difícil realización para el que la intenta, y peligrosa además

cuando las tropas que han de verificarla se encuentran separadas entre sí por largas distancias; así como puede tenerse por perdido el ejército que esté ya envuelto dentro del reducido espacio de un campo de batalla; lo que se expresa en el galimatías del arte militar por el aforismo de ser los puntos centrales estratégicos convenientes, y malos los tácticos.

Pero en todo caso se requiere para envolver—como ha podido entenderse de lo que vá dicho—que se muevan las tropas que hayan de hacerlo más prestamente que las contrarias; lo que difícilmente se logra disponiendo ambas de iguales elementos de locomoción, si las que son objeto del movimiento envolvente no se ven forzadas por motivo alguno á ocupar determinados lugares ni á trasladarse por caminos precisos. Pero si á la libertad de movimientos de que goza quien nada tiene que defender—que es el caso en que se encontraba el ejército ruso en la campaña de 1812—se agrega la posesión de velocidad mayor que la del contrario—como por andar todos á caballo la tenían los escitas cuando la invasión de Darío en su tierra—entonces no hay modo de ser envuelto si se quiere evitarlo.

Ni la operación de Sedán en la campaña franco-alemana, ni la que encerró al general Bazén en Metz en la misma guerra, ni la muy famosa con que forzó Napoleón al general austriaco Mack á rendirsele con todo su ejército en Ulm, hubieran sido posibles si las tropas envolventes hubieran poseído menor rapidez de movimientos que las envueltas. Por eso he dicho que en ningún caso debe tenerse menor velocidad que el enemigo. Con tal desventaja no hay guerra posible; y ni el gran Alejandro Macedonio, ni Anibal, ni Cesar, ni Napoleón, ni otro alguno de los grandes capitanes que dejaron nombre en el mundo, hubieran podido con ella ganar una sola campaña; que no á humo de paja se ha dicho que más que con las armas se hace la guerra con las piernas.

A ello en gran parte hay que atribuir el hecho, históricamente comprobado, de que análogos procedimientos—y digo

análogos no porque lo sean realmente, sino por fundarse en la misma causa – que los seguidos por los pueblos nómadas para defender sus tierras propias, hayan sido los más terribles por su eficacia para invadir y conquistar las ajenas. Por eso las naciones nómadas han sido las más famosas por sus invasiones, que aunque por lo general efímeras, fueron siempre tan rápidas y acompañadas de tanto estrago y violencia, que su recuerdo ha quedado indeleble en los anales de los pueblos.

VII

Donde se echa una nueva ojeada sobre la guerra de Cuba,
y se manifiesta una opinión del autor sobre la manera
en que debiera procederse para acabarla.



A llegado el momento de que vuelva sobre el asunto que me ha movido á escribir este folleto y que sirve de tema á sus primeros artículos: la guerra de Cuba. No son digresiones, aunque lo parezcan, muchas de las cosas de que trato en los siguientes; pues aunque no se eche de ver al pronto gran relación entre ellas y el asunto principal, no dejarán de encontrársela, y muy estrecha, aquellos de los lectores que miren el problema de esta guerra desde el punto de vista en que pienso yo que hay que colocarse para resolverlo.

Traer á ese mismo punto de vista á los que le busquen soluciones por otra vía, ha sido mi propósito, y no me ha parecido que para lograrlo iba errado en refrescar el recuerdo de pasados sucesos; unos muy remotos, otros recientes, de ayer mañana algunos, pero acordes todos en atestiguar la exactitud de las consecuencias que pretendo sacar de ellos.

Podré engañarme, no lo niego, al atribuir á una sola causa la impunidad de que desde los comienzos de la insurrección hasta el presente han gozado las partidas insurrectas—porque de impunidad califico, de acuerdo en ello con el común sentir,

los insignificantes resultados obtenidos por nuestras columnas en sus operaciones—podrán influir también en esa impunidad otras causas á que no concedo la importancia que otros les suponen; pero lo que no me ofrece duda es que la tiene grandísima la que yo señalo; tan grande que pesa más ella sola que todas las demás reunidas, si es que verdaderamente las hay.

Suponer, como veo que á cada paso lo hacen hasta militares inteligentes y testigos de los hechos que refieren, por haberse frustrado tal combinación de columnas, porque el general Fulano ó el coronel Zutano no rompieron á debida hora la marcha, que todo el mal suceso de la campaña obedece á causas semejantes, indica cortedad de alcances, inteligencia que, incapaz de abarcar lo grande, no acierta sino á exagerar las dimensiones de lo pequeño.

Una combinación puede fracasar por descuido ó torpeza de alguno de los que intervienen en ella; dos, tres, pueden experimentar la misma suerte; pero si todas se frustran, siendo multitud de personas, todas distintas, las que han de ponerlas en ejecución, debe pensarse que el motivo del mal éxito no está en las personas sino en la cosa misma. Y pensar de otro modo sería inferir un agravio á todos los generales y jefes de nuestro ejército.

No faltará quien me objete que ni se han frustrado todas las combinaciones, ni han consistido solo en ellas todos los hechos de esta campaña, contándose gran número de encuentros no precedidos por combinación alguna.

Conteste por mí la opinión del pueblo. Diga ella si se dá por satisfecha de esas riñas en que pierde el enemigo dos, cuatro, diez, veinte ó treinta muertos cuando más, no muy bien comprobados de ordinario, y ni un solo prisionero de quien saber, á punto fijo, el nombre del caudillo rebelde con quien se sostuvo el encuentro.

¿Se han cogido al enemigo en alguno de esos lances mil prisioneros, pero que digo mil, cien siquiera? Y no es mucho pedir cien prisioneros donde hay miles de fugitivos.

Suele contestarse que no se hacen muertos ni prisioneros á los insurrectos porque huyen. ¿Y en qué mejor ocasión que cuando huye el contrario, puede hacerse prisioneros? ¿Ni cuándo causársele más estrago que entonces?

No es tanto en los combates como en las fugas donde se experimentan pérdidas: más estragos se hacen en media hora de persecución que en diez de combate.

Si pues esta guerra no consiste sino en una no interrumpida sucesión de fugas por parte de los insurrectos y no hay, sin embargo, en ella muertos ni prisioneros, sobra razón para decir que los encuentros, las combinaciones, los reconocimientos, las persecuciones, cuantas operaciones de guerra se han practicado hasta ahora, llámélas como se quiera, han resultado, ó imperfectas en su ejecución, ó del todo estériles. E insisto en que no ha sido ni es por culpa de los jefes que conducen las columnas; porque si me salen al paso razones lógicas, fáciles, irrefutables, como fundadas sobre hechos positivos y evidentes, que me expliquen los hechos, ¿á qué he de ir á buscarlas dudosas, recónditas y discutibles, y que entrañan, además, una ofensa á multitud de jefes entre los cuales los hay de esclarecidas dotes militares?

Si la guerra de Cuba no consiste sino en fugas de los rebeldes cuantas veces se tropiezan con las tropas—que en este punto estamos todos de acuerdo—¿está nuestro ejército preparado—pregunto yo—para tal sistema de guerra? ¿tiene, siquiera, aquella cantidad proporcional de caballería reconocida como indispensable en la composición de los ejércitos regulares?

No; está muy lejos de tenerla. Cierto es que las tropas que hoy operan en la Isla no están constituidas en la misma forma y con iguales proporciones de las tres armas de combate que si tuvieran que hacer la guerra contra un enemigo bien organizado; pero ha de advertirse que si la irregularidad de esta guerra justifica que se aparte la constitución del ejército de la admitida para los ejércitos regulares, no de ninguna manera que se haga consistir esa divergencia en disminución

de la cantidad de caballería que regularmente debiera tener; aconsejando, muy al contrario, el carácter *sui generis* de las operaciones militares que aquí se verifican, que todas las tropas, absolutamente, fueran de á caballo. Y voy á demostrarlo dentro de los más estrechos principios del arte de la guerra; para que no se me acuse de arbitrística visionario.

La artillería prepara los combates; la infantería los riñe; la caballería los acaba. Esto es elemental.

En el último período de una batalla, cuando el enemigo desalojado ya de sus posiciones, emprende la retirada, comienza la acción de la caballería, cuyo oficio consiste, en tal caso, en aumentar el desorden ya iniciado en las filas contrarias, cargando vigorosamente sobre ellas y haciendo porque se convierta en dispersión y en fuga lo que, de otro modo, no hubiera sido quizás sino un mero descalabro de no gran transcendencia.

Y tras de la dispersión y fuga del enemigo, viene su persecución por la misma caballería, que precipitándose sobre los fugitivos, los alancea ó acuchilla sin piedad, y los aprisiona por millares.

Tal es el epílogo de una batalla, en el cual no hay ni puede haber otro actor que la caballería, porque solo ella tiene condiciones para desempeñar el papel que en tales momentos es necesario. Nada toca que hacer en ellos á la infantería, ni á la artillería: á la primera por no ser de su incumbencia perseguir fugitivos, á quienes ni podría soñar en dar alcance; á la última porque nada se saca de cañonear gente dispersa; pues valdría más la pólvora que se gastase en los disparos que los daños que éstos le ocasionasen. (*)

(*) Cítanse batallas que acabaron en cañoneos; pero fué solo en ocasiones en que quedó lo bastante entero el ejército vencido para no desordenarse por las cargas de la caballería vencedora.

En la batalla de Rocruá tuvo que deshacer el duque de Anguián á cañonazos nuestros tercios viejos, que á pesar de la derrota, se mantenían firmes. En la de Borodino, se alejaron los rusos del campo luego de perdidos los reductos; pero en

Las batallas—llamémoslas así—de la guerra de Cuba, carecen de prólogo y de desarrollo; solo tienen epílogo; la batalla toda es un puro epílogo, pues que está reducida á la fuga de los insurrectos. De su propio peso cae, pues, que ha de estar de sobra en ellas todo lo que no sea caballería, pues solo ese arma tiene allí acción posible. Y con que añada que nuestras columnas se componen casi totalmente de infantería, queda patente á los ojos del más obtuso la verdadera causa de que no se hayan reñido hasta ahora otros combates en esta guerra que aquellos en que se les antojó á los insurrectos cargar contra nuestras columnas, sin que pudieran éstas tampoco en tales casos perseguir á los enemigos rechazados, por carecer de lo preciso para ello: de gente á caballo en suficiente número.

¿Estoy ó no estoy, pues, en lo firme al sostener que están mal organizadas nuestras fuerzas para el género de guerra que aquí se hace?

Los autores militares, al establecer como necesaria y conveniente en todo ejército la proporción de uno á cuatro de caballos á infantes, ó, lo que es lo mismo, que haya en él de caballería la cuarta parte de la infantería, parten del supuesto de que tengan los ejércitos contrarios composición análoga á los propios, y de que sea, por de contado, su objeto hacer la guerra como ordinariamente se hace, y no huyendo de continuo como los insurrectos de Cuba.

Porque no son guerras contra tártaros, contra escitas, ni menos contra gente alzada que nada tiene que perder ni que conservar, las que se tienen en cuenta en las obras de arte bélica, para establecer reglas sobre la organización de los ejércitos, sino guerras regulares contra naciones organizadas, y no dis-

ademán tan sereno y amenazador, que dispuso Napoleón que disparase la artillería francesa contra sus batallones que, formados en sólidas masas, se iban retirando paso á paso; pero ni aún así logró romperlos, tal era su entereza. Por ello y porque, no habiendo habido persecución, no hubo prisioneros, suelen algunos contar esa batalla como indecisa.

puestas á abandonar sus ciudades y á irse al campo como los beduinos, sino á defenderlas á todo trance.

Pero en guerras en que el enemigo se dé siempre á la fuga como procedimiento de defensa, de solo caballería ha de componerse el ejército, así como en las batallas regulares no mas que caballería es la que funciona cuando huyen y se desbandan los contrarios.

Y esto con absoluta independencia de que vaya el enemigo á pié ó á caballo; porque si en las batallas ordinarias se tiene por indispensable la caballería para perseguir y alcanzar á fugitivos de á pié ¡cuánto más no ha de serlo si van montados los que huyen!

A enemigos que huyen—vayan como quieran—hay que perseguirlos con caballería; y digo esto para que lo entiendan aquellos que fundan sus esperanzas en que se les acaben los caballos á los insurrectos; porque aún entonces,—dado que llegue ese caso antes de que se nos haya acabado á nosotros el dinero y la paciencia,—será difícil la guerra si siguen los insurrectos en su sistema de huir; que seguirán en él seguramente por ser el que les conviene.

No son los insurrectos de Cuba tribus nómadas como esas de que hice mención en el anterior capítulo; pero proceden exactamente como si lo fuesen; porque sin tierras, poblaciones ni propiedades que defender, les es lo mismo estar en un lugar que en otro, siempre que no les falten mantenimientos para su gente, ni pastos para sus cabalgaduras.

Persuadidos de que nada han de sacar de reñir combates, y de que perderían en ellos lo único que tienen—hombres y caballos—los esquivan, salvo en aquellos casos en que esperen, por una fácil victoria sobre algún corto destacamento ó sorprendiendo algún lugar desapercibido, hacerse de armas y municiones de guerra, en que no suelen andar muy abundantes. Huyen asimismo, de tener establecimientos fijos, adonde pudieran ir tropas en la seguridad de dar con ellos,

Su principal defensa, su más formidable arma de guerra, es la movilidad que poseen, gracias á sus caballos; pues, sin

excepción alguna, van todos montados; no porque hayan apelado de expreso intento á tal recurso como medida de guerra, sino porque el campesino de Cuba está hecho á andar de continuo á caballo por miserable que sea. En los campos y caminos de Cuba no se vé jamás á nadie á pié, como no esté á la puerta de su casa.

Pero no quiero pasar adelante sin decir algo sobre el caballo de Cuba.

No es propiamente un caballo de guerra; pues sea por naturaleza ó por educación, se carga sobre las manos y el bocado, resultando muy terrero en el andar y muy poco ágil para revolverse; pero es tal la suavidad y rapidez de su marcha, tal es su docilidad y mansedumbre, tal su resistencia para el trabajo, que unidas estas cualidades á las de no exigir cuidados de ningún género, ni más alimento que el pasto que él mismo se procura en cuanto se encuentra libre, hacen que como instrumento de locomoción, no haya caballo que lo mejore en el mundo.

Demás está decir que dentro del tipo general que á grandes rasgos he descrito, ha de haber variedad grandísima; pero sin duda puede afirmarse que los más de los caballos de Cuba son tan sufridos para el trabajo, que pueden caminar indefinidamente, ó por muchísimos días cuando menos, jornadas de quince y de veinte leguas; siendo muy numerosos los capaces de hacerlas mucho más largas. De algunos se cuentan hechos de velocidad—en la marcha—y resistencia verdaderamente extraordinarios, que por brevedad no refiero.

Tal es el elemento de guerra más eficaz y poderoso de que disponen los insurrectos cubanos; mucho más temible que la dinamita y que los fusiles repetidores de retrocarga, pues que estos agentes de destrucción no hubieran podido librar á la insurrección cubana de un fin desastroso, mientras que los caballos, que utilizados á tiempo por nuestro ejército la habrían hecho imposible, les permiten á los insurrectos prolongarla indefinidamente.

En su larga duración tienen puestas ellos sus esperanzas, tanto por lo que contribuya á agotar los recursos del erario, cuanto por lo que dé ocasiones á conflictos entre España y los Estados Unidos.

Ponen los insurrectos el hombro á lo primero arrasando la Isla y privando así al Estado de los recursos que pudiera sacar de ella; ponémoslo también nosotros—aunque con muy contrario propósito—gastando cien millones de pesos en traer batallones á Cuba y en sostenerlos; batallones que serían utilísimos en cualquiera otra guerra, pero que no son aplicables á ésta. Seméjase nuestra situación á la del hombre metido en un atolladero, cuyos esfuerzos para salirse de él, que serían más que sobrados si encontraran punto en que apoyarse, le resultan allí contraproducentes á su objeto, por no tenerlo.

Si la duración de la campaña puede ofrecer ocasiones de conflictos con los Estados Unidos, las que ha habido en el año que llevamos empeñados en ella harto lo dicen. Este mal tiene muy otro remedio que el que nuestro Gobierno ha aplicado hasta ahora para conjurarlo; pero callaré mi opinión en esa materia, por no apartarme de mi asunto, y por respeto á los altos poderes del Estado.

Mírese como se quiera, el poner pronto término á la rebelión cubana, y no de otra manera que aniquilándola por la fuerza de las armas, es de necesidad urgentísima.

Cada día que corre son doscientos mil pesos que se gastan; y ese gasto es el primero y más formidable enemigo que tenemos enfrente. Felizmente para nosotros, si nuestro Gobierno quiere seguir el buen camino, ese enemigo ofrece poquísima resistencia si se le ataca con decisión. Porque en la represión de los rebeldes de Cuba hace poquísimo el número de hombres que á ello se destinan. Si fuera cuestión de número de hombres, la insurrección estaría hace tiempo dominada, porque ciento cincuenta mil soldados son muchos soldados. Bastantes para hacer guerras en cuya comparación la de Cuba sería del todo insignificante.

Sobre todo, si influyera el número de nuestras tropas en

la marcha de la guerra, se habría observado alguna proporcionalidad entre los resultados obtenidos y la cantidad de batallones que operasen; y lejos de ser así, la insurrección ha ido creciendo al mismo compás que iban llegando refuerzos.

Hay que notar con gran atención el hecho, para sacar de él las debidas consecuencias, de que un enemigo incapaz, como varias veces lo ha demostrado, de vencer la resistencia de cualquier mal fortín guarnecido por veinte hombres, traiga á ciento cincuenta mil al retortero. Un tal enemigo es muy poco temible por su fuerza. No es, pues, por la cantidad de ella sino por la maña en aplicarla como hay que vencerlo.

Cuarenta mil hombres son muy sobrados para acabar en muy breve tiempo con la rebelión de Cuba; porque veinte columnas de á dos mil hombres, ó cuarenta de á mil, todos montados y provistos de sendas carabinas para el combate á pié y de sendas lanzas y espadas para el combate á caballo, y cuerpo á cuerpo, animosos, diestros, y conducidos por jefes que á esas mismas cualidades uniesen un siquiera mediano sentido práctico, harían imposible sostenerse á la insurrección en las tierras llanas de la Isla, ó lo que es lo mismo, en casi la totalidad del territorio cubano.

Pero aún dando por supuesto que no fueran tan buenos como yo presumo, los resultados de ese sistema, no temo equivocarme al asegurar que habrían de ser superiores con mucho á los que ahora se obtienen y, sobre todo, que traería inmediatamente tras de sí su aplicación, la rebaja en dos terceras partes de los gastos de la guerra, que son, para nosotros, enemigos mucho más temibles que Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Las columnas que propongo andarían triples ó cuádruples distancias que las actuales; podrían llevar consigo raciones para mayor número de días, perdiéndose así mucho menos tiempo que hoy en marchas sin otro objeto que el de racionarse, y que hay que emprender no pocas veces muy á deshora, con perjuicio de las operaciones.

Las bajas del ejército por enfermedades serían muy pocas;

notablemente inferiores, desde luego, á las que hoy se padecen y cuyo origen está, más que en el clima, en la fatigosa vida que se obliga á hacer al soldado.

Por último—y esto es lo más importante—las columnas á caballo no serían envueltas ni sorprendidas por el enemigo, y por su movilidad y por la superioridad numérica que sobre él tendrían, le harían la existencia azarosisima y precaria.

Los combates serían verdaderos combates, las persecuciones verdaderas persecuciones, no intentos de ellas como ahora sucede.

Pero ha de tenerse muy presente, que siendo cada una de esas columnas un completo instrumento de guerra, particularmente para la que en Cuba se hace, que no es campaña regular y metódica de las que pueden y deben dirigirse desde un centro de operaciones, habría de dejarse autonomía á los jefes de ellas dentro de muy extensos límites. La atención y cuidado que se dedicaran en una campaña regular á la dirección de las operaciones, habrían de ponerse en esta en la elección de los hombres. Una vez elegidos, debería dejárseles obrar con gran independencia. En pocas palabras: hay que hacer á los mambises la guerra en mambís, no en alemán.

La organización de esas columnas—ó llamémoslas si se quiere partidas, pues el hábito no hace al monje—hubiera sido cosa sencillísima antes de la invasión de las provincias occidentales de la Isla por las partidas insurrectas, pues abundaban en ellas los caballos; hoy sería más difícil porque escasean; y aunque el mal parece tener fácil remedio trayéndolos de Méjico donde son abundantísimos y baratos, es de mayor transcendencia de lo que á primera vista puede imaginarse, porque en los caballos de Cuba por la blandura de sus aires y movimientos, así como por su excelente natural, se harían ginetes en tres meses los mismos que tardarian seis ó más en aprender á montar en los mejicanos.

Preferible es, con todo, arrostrar los inconvenientes con que se tropiece para montar cuarenta mil hombres buscando los remedios donde los haya, que seguir en la campaña de Cuba los procedimientos empleados hasta ahora.

He propuesto que se arme de lanzas y espadas á los soldados de las columnas, por dos razones: la primera por estar reconocidas tales armas como las más adecuadas para el combate cuerpo á cuerpo, no habiendo hoy en Alemania un solo soldado de caballería que lleve otras; en segundo porque si de cualquiera hombre de condiciones físicas corrientes puede sacarse en seis meses un tan buen jinete como el guajiro de Cuba que mejor lo sea—que está hecho á montar caballos de muy blanda condición y suaves reacciones—no es fácil ponerlo en ese mismo tiempo en disposición de habérselas cuerpo á cuerpo, con un arma cortante en la mano, con quien tiene habilidad suma en su manejo. Pero si aquel mismo hombre se practica en tirar estocadas, se pondrá muy pronto en ventajosas condiciones para combatir con quien solo dé cuchilladas por bien que sepa hacerlo; porque el golpe de punta es mucho más eficaz, peligroso y rápido que el de corte, único á que se presta el machete y único, de consiguiente, cuyo empleo conoce el campesino de Cuba. Por eso, aunque las espadas que se den á nuestros soldados sean de regular anchura y cortantes, ha de enseñárseles á preferir á las cuchilladas, á que tanta tendencia tiene el principiante, las estocadas que con mucho menor esfuerzo sacan á un hombre de combate.

Lo que muy especialmente ha de recomendarse es que no se dispare jamás la carabina sino pié á tierra; y de ninguna manera por descargas y á la voz, sistema de hacer fuego cuyo fin es ahorrar municiones, pero que está, hace tiempo, desechado de todos los ejércitos por su ineficacia. Búsquese esa economía haciendo buenos tiradores é inspirándoles la serenidad y aplomo que tan necesarios son al combatiente de á pié.

No se esperen en ningún caso cargas del enemigo, ni á caballo, ni disparando contra él pié á tierra. A las cargas, si son á caballo, debe contestarse siempre saliéndoles al encuentro, también á caballo; solo cuando fueren á pié, y en particular si estuvieren bien dirigidas, debe esperárselas á pié firme:

pero bien entendido que no debe perderse un instante en cuanto se las rechace, en montar y caer de rebato sobre la tropa contraria.

Las columnas en sus marchas deben guardar todas las precauciones que los reglamentos indican; pero dada la especialidad de esta guerra, ha de evitarse el destacar, sea á la vanguardia, sea á los flancos, grupos pequeños de ginetes. El más pequeño no debe tener menos de ciento cincuenta hombres y las *puntas* que estos destaquen por su parte no han de componerse en ningún caso de menos de cincuenta.

Las vanguardias y flanqueos han de destacarse á gran distancia del cuerpo principal de la columna; pero manteniéndose en constante comunicación con ella.

Las circunstancias que en cada caso se adviertan indicarán al jefe de la columna, mejor de lo que pudiera yo hacerlo, el procedimiento que debe seguir; pues la condición del terreno y el número y disposición del enemigo, influyen en gran modo en el proceso del combate. Pero sí debo decir como regla general, que la audacia y decisión convienen extraordinariamente en una clase de guerra en que el enemigo se manifiesta tan dispuesto á procurar su salvación huyendo.

Así, en los más de los casos, ha de precipitarse la columna sobre el enemigo en cuanto lo divise, destacando desde un principio fuertes grupos de doscientos, trescientos ó más caballos, que á toda carrera se coloquen á los flancos y en la probable línea de retirada del enemigo para envolverlo; porque aunque esto no sea posible, se facilitarán ocasiones de causarles grandes destrozos por medio de cargas de flanco y de revés.

Pero en lo que hay que poner grandísimo cuidado es en *evitar que las cargas se conviertan en tiroteos.*

En las persecuciones debe serse incansable, siguiendo al enemigo, ó á las fracciones en que se divida, ocho y más léguas; sin titubear en fraccionar la columna cuando sea conveniente, en seis ú ocho grupos; porque el peligro que cualquiera de estos pudiera correr; tropezándose con gruesa parti-

da enemiga, y que sería gravísimo para una columna de infantería, es de muy poca monta para una de caballería por lo fácilmente que puede evitarlo.

He dicho cuanto se me ocurre sobre el modo de poner remedio á una situación cuyos peligros para España son demasiado evidentes para que me crea en la necesidad de indicarlos.

Mediten sobre ella las personas en cuyas manos están hoy las riendas del Gobierno; y no olviden que la nación española y la posteridad han de pedirles estrechísima cuenta de sus actos.
